

DESDE LA FUNDACIÓN DE ROMA HASTA MARIO Y SILA

6º

Las antiguas civilizaciones

Si miramos atrás a las culturas **Proto-india, Proto-persa, Babilonia, Egipto y Grecia**, y tomamos todas esas historias juntas, veremos que, en cierto sentido son una y la misma historia, una historia extraña y maravillosa.

En la **India** <https://ideaswaldorf.com/campanas-de-valam> primigenia, en la época **Proto-india**, los cinco príncipes, los hijos de Pandú, <https://ideaswaldorf.com/los-hijos-de-pandu/> tuvieron que salir de su reino, y vivir por mucho tiempo en el bosque como ermitaños.

Comían poco y ocupaban toda su mente en rezar con devoción.

Cuando los habitantes de la **India** primigenia rezaban así, de todo corazón, sentían que su alma se elevaba al cielo, para estar con los dioses, y entonces para ellos desaparecía la Tierra con todas sus cosas.

Los habitantes de la más antigua India querían olvidarse de la Tierra.

Así como nosotros podemos sentir nostalgia por nuestro terruño si estamos en un país extraño, del mismo modo la gente de la cultura **Proto-india** sentía que el Cielo, el reino de los dioses, era su hogar.

Y mientras vivían en la Tierra echaban de menos el Cielo y sentían nostalgia de él.

Los cinco hijos de Pandú volvieron a ser reyes otra vez, después de muchas aventuras.

Pero al cabo de un tiempo, dejaron sus palacios para buscar el Portal del Cielo.

No esperaron que la muerte se los llevara de la Tierra, sino que, por su propia voluntad, partieron a buscar las puertas del Paraíso.

Ahí vemos lo poco que ellos se preocupaban por su vida en la Tierra, y los habitantes de la antigua India tampoco se preocupaban de su cuerpo. Cuando alguien moría, el cuerpo era cremado y las cenizas se echaban al río Ganges, y así no dejaban ningún rastro del fallecido. Todo eso nos muestra cómo en la antigua cultura Proto-India los Hombres anhelaban el Cielo y descuidaban su vida en la Tierra. En aquellos remotos tiempos, hace nueve mil años, tampoco se habían hecho inventos útiles y prácticos.

Después llegamos a otra gente, que vivió más tarde, hace unos 7.000 años, los **Proto-persas**.

Los persas más antiguos también amaban el reino de la luz, el reino de **Ahura Mazda** <https://ideaswaldorf.com/aura-mazdao/> y la Tierra era para ellos el reino de la oscuridad, de **Ahriman**. Pero ellos querían luchar contra el malvado Ahriman.

Querían luchar aquí en la Tierra para el Dios de la Luz, contra el Príncipe de la Oscuridad. Plantaban cereales, frutos y flores, y esa era una forma de combatir a Ahriman: el camino para luchar contra el Príncipe de la Oscuridad era hacer crecer cosas buenas como el trigo, frutas, árboles o rosas. Y la mayoría de las plantas que cultivamos hoy en día vienen de la cultura Proto-persa, de la Persia primigenia.

El invento del arado procede del rey **Djemshid** que lo vio en sueños. Ahura Mazda se le apareció en sueños y le mostró una daga dorada.

Así era con todas las decisiones importantes: ellos no trataban de pensar qué era lo correcto que debía hacerse, sino que esperaban siempre un sueño que se lo revelara, y los dioses siempre enviaban sueños sabios.

Los persas de hace siete mil años ya no tenían nostalgia del Cielo, se sentían mucho más en casa en la Tierra.

Después llegamos al lugar donde los hombres vivieron hace unos cinco mil años, en la antigua Babilonia.

En **Babilonia** todo el conocimiento, toda la sabiduría era aún un regalo de los dioses y llegaba en sueños.

En un momento el dios **Ea** enseñó el arte de fabricar ladrillos y, desde entonces, los hombres podían por fin construir casas y grandes ciudades usando ladrillos.

Mientras que los persas fueron los primeros campesinos y aprendieron mucho sobre la tierra, los babilonios estudiaban las estrellas, construyendo altas torres como observatorios.

Fueron los primeros en dividir el día en 24 horas y el año en 12 meses.

De tanto observar el Sol y el movimiento de las estrellas, llegaron a la idea de fabricar una rueda para luego fabricar el primer carro.

Hace cinco mil años los babilonios eran más dueños de la Tierra que los antiguos hindúes.

Eso implicaba que los hombres no querían dejar la Tierra y empezaban a temer a la muerte.

Los hijos de Pandú salieron en busca del Portal del Cielo, sin esperar la muerte, pero en Babilonia se contaba la historia de **Gilgamesh** <https://ideaswaldorf.com/el-hijo-del-dios-sol/> : cuando murió Enkidú, el amigo de Gilgamesh, éste estaba tan asustado por la muerte que marchó a un largo viaje, no en busca del Portal del Cielo, sino en busca de la planta que le diera la vida eterna en la Tierra. Le hubiese gustado vivir por siempre en la Tierra, pero acabó con una profunda tristeza cuando, finalmente, terminó perdiendo la planta.

Las grandes historias de la humanidad muestran que el ser humano, al principio, se hallaba más en casa en el Cielo que en la Tierra, pero más tarde empezó a gustarle cada vez más la vida en la Tierra, y el Cielo, el reino de los dioses, comenzó a oscurecerse.

Por esa época surgió la civilización de **Egipto** <https://ideaswaldorf.com/mitos-y-leyendas-del-antiguo-egipto/>, hace más o menos unos cinco mil años.

Los egipcios no buscaban la planta de la vida eterna, pero pensaban que, ya que no podían vivir por siempre, al menos podían preservar sus cuerpos el mayor tiempo posible y dejarlos lo más parecido posible al cuerpo vivo.

Por eso no quemaban a los muertos, como los hindúes, si no que los transformaban en momias. Eran grandes constructores con piedras, no con ladrillos, como lo vemos en las poderosas pirámides.

Para los egipcios, la sabiduría venía aún de los dioses.

Recordemos el sueño del faraón de las siete vacas gordas y las siete vacas flacas y de cómo José interpretó para el faraón lo que significaba aquel sueño.

La sabiduría venía de los dioses, y era el dios Osiris quien le dio la sabiduría a los egipcios: los jeroglíficos —la escritura en dibujos— de los que salió más tarde la escritura actual.

Si seguimos avanzando en el tiempo llegarnos a la **Antigua Grecia**, <https://ideaswaldorf.com/zeus/> más o menos hace unos dos mil quinientos años.

Para los griegos, el reino del Cielo, el mundo que los persas llamaban Reino de la Luz, parecía un mundo oscuro de sombras.

Recordaban cómo Odiseo le había hablado al alma de Aquiles, su amigo muerto. Y que Aquiles le había dicho:

—“Prefiero ser un mendigo entre los vivos que rey entre los muertos”.

Para los griegos, la vida en la Tierra era maravillosa, amaban la vida en este mundo, y lo hacían todo lo más bello posible. Y eso podemos verlo en sus templos y estatuas.

En los **Juegos Olímpicos** <https://ideaswaldorf.com/el-poema-del-auriga/> en el correr, saltar y luchar, los griegos admiraban la fuerza de sus cuerpos, amaban el cuerpo humano, su vida y su fuerza.

Los griegos fueron los primeros en tener teatros y juegos; la palabra ‘teatro’ es una palabra griega. Pero el comienzo de las artes, de los deportes, de los teatros fue también el final de la sabiduría de los sueños.

Los griegos fueron los primeros hombres que pensaban por sí mismos. Recordemos que **Sócrates** era un gran maestro del arte de pensar.

En las guerras persas, los persas aún confiaban en los sueños: fue en un sueño en el que el rey de Persia escuchó la voz que le ordenó conquistar Grecia.

Pero los griegos pensaban por ellos mismos, y por eso pudieron derrotar el poder de Persia.

Los atenienses no tenían rey. Cada ateniense quería pensar por sí mismo en la ciudad, quería elegir y opinar sobre ello.

Era el comienzo de una especie de gobierno, de la **democracia**, el gobierno del pueblo —también una palabra griega—.

Y por medio del pensar en Grecia comenzaron las ciencias: historia, geografía, botánica, física, aritmética —todos estos nombres son palabras griegas—.

A través de **Alejandro Magno** <https://ideaswaldorf.com/alejandro-el-grande/> la sabiduría del pensar de Grecia y la sabiduría de los sueños de los países antiguos se juntaron en un gran imperio.

Alejandro Magno conquistó todos los países mencionados anteriormente: Persia, Babilonia, Egipto, Grecia, y también una parte de la India.

Murió joven, su imperio se dividió, pero su verdadera meta se había alcanzado: El arte y el conocimiento griego se expandió por el mundo, haciendo la vida en la Tierra rica y bella.

Pero —y esa es la otra cara de esa gran historia— el mundo del espíritu, el Reino del Cielo, comenzó a oscurecerse.

A la gente le encantaba la vida sobre la Tierra y consideraba que al morir iban a ser sólo sombras del submundo, del reino de **Hades**.

De hecho, si no hubiesen pasado otras cosas, la vida del Hombre en la Tierra se hubiese vuelto muy triste, pues ¿cómo podía vivir el hombre feliz en la tierra pensando que la vida después de la muerte era oscura y llena de sombras?

La esclavitud y el regalo de Cristo

Hoy en día usamos muchas cosas que hemos heredado de los Hombres que vivieron hace miles de años.

De los persas tenemos el arado, así como los árboles frutales y las flores de los jardines, el trigo y la cebada.

De los babilonios tenemos los ladrillos, los primeros carros y carretas, y el conocimiento de la medición del tiempo.

De los egipcios tenemos la escritura.

Y de los griegos tenemos el arte en general, el teatro, el deporte, las ciencias y la democracia.

En los tiempos de la antigua Grecia ya había mucho más conocimiento, había grandes obras de arte maravillosas, y el ser humano aprendió a usar el poder del pensamiento independiente, ya no tuvo que esperar a los sueños para tomar sus decisiones.

Pero aún los mejores y más sabios de entre los griegos pensaban que era natural que hubiese esclavos.

Por ejemplo, los espartanos sólo eran educados para ser guerreros y los esclavos eran los que trabajaban los campos, cocinaban y servían la comida.

En Atenas, los ricos atenienses tenían tiempo para escuchar a los magníficos oradores, para pasar el día en el teatro, practicar deporte, etcétera, simplemente porque todo el trabajo duro lo realizaban los esclavos.

Los atenienses tenían grandes arquitectos que diseñaban templos magníficos, supervisaban los trabajos, pero no cargaban las pesadas piedras para las columnas y los muros, no cortaban las piedras, todo eso era hecho por los esclavos.

Los barcos que llevaban personas y mercancías por los mares tenían velas, pero si el viento no soplaba en la dirección deseada o no había viento, los esclavos tenían que remar para mover la nave.

También los barcos de guerra eran movidos a remo por esclavos.

Muchas veces los esclavos eran encadenados en sus puestos, y si el barco se hundía, ellos se hundían con el barco.

Todo el trabajo duro y desagradable era realizado por los esclavos.

La mayoría de los griegos trataban bien a sus esclavos, aunque sólo porque costaban mucho dinero, y si eran mal alimentados o maltratados podían morir, se perdía plata, y había que comprar un nuevo esclavo.

Pero si un amo era cruel y malvado podía lastimar, pegar y hasta matar a sus esclavos.

El dueño era libre de hacer lo que quisiera con su esclavo, porque era un objeto de su propiedad.

Si un esclavo escapaba, casi siempre era alcanzado y condenado a muerte como escarmiento para que los otros esclavos no lo imitaran.

Los esclavos sólo podían casarse con el permiso de su dueño, y los hijos eran también esclavos propiedad del dueño, que se los podía quitar a los padres para venderlos cuando lo deseara.

En todas las ciudades del mundo antiguo, en Persia, Babilonia, Egipto, Grecia, existían mercados de esclavos donde se vendían hombres, mujeres, niños y niñas como nosotros vendemos ovejas, vacas o caballos.

Y a nadie se le ocurriría pensar que hubiera algo erróneo en ese trato con otros seres humanos.

Ni el mejor y más sabio hombre de aquellos tiempos tenía el sentimiento de que los esclavos eran individuos humanos igual que ellos. Realmente no lo sentían.

El ateniense tenía verdadero sentimiento de hermandad con los otros atenienses, pero los demás hombres, incluso un espartano, significaba poco para él.

Y un hombre que no era griego, un llamado bárbaro, difícilmente era considerado humano.

En los tiempos de Grecia y también en los de Roma, los seres humanos no tenían el sentimiento de que otro ser humano no podía ser vendido o comprado como un objeto.

Pero en los tiempos de Roma algo completamente nuevo entró en el mundo: la venida de Cristo.

Este evento dio a entender al mundo que cada ser humano en la Tierra es hijo del Padre del Cielo. También tenemos nuestros padre y madre propios, y tal vez un hermano o hermana, pero todos tenemos un Padre del Cielo, todos los seres humanos son nuestros hermanos y hermanas, y todos son igualmente amados por Él.

Ese fue el regalo preciado que se le entregó a todos los hijos de Dios.

Fue lo más importante de toda la historia.

Pero esto fue algo tan nuevo que mucha gente no pudo entenderlo, e incluso muchos se volvieron contra Cristo.

Aún en nuestra época hay gente que no lo ha entendido, y odian y hacen daño a los demás.

Pero esos acontecimientos tan grandes necesitan tiempo y trabajo, poco a poco la humanidad irá entendiéndolo.

El regalo de Cristo trajo un gran cambio desde los tiempos de Grecia y Roma: nadie pensaría en tener esclavos hoy en día.

Nosotros consideraríamos algo terrible tener un esclavo en casa, una persona viviendo llena de temor y miedo hacia nosotros, cuya vida dependiera de nuestros caprichos y de nuestro humor.

Para un griego o romano eso era algo natural.

Así nos damos cuenta de lo mucho que ha cambiado la vida.

En nuestros tiempos sentimos que va en contra de la dignidad humana tener un esclavo, incluso si lo tratáramos bien y con amabilidad.

Es algo pernicioso y equivocado. Va en contra de la dignidad de un hijo de Dios.

El gran pintor **Leonardo da Vinci** mostró lo que dio Cristo a la humanidad cuando pintó su cuadro "La Última Cena", que muestra a Cristo entre sus discípulos.

Cristo, que era mucho más que un ser humano ordinario, que tenía poderes divinos, nunca quiso que los hombres a su alrededor fueran esclavos, ni tan sólo sirvientes.

Cada uno de estos hombres hablaba sin ningún temor; algunos eran muy mayores, otros eran jóvenes, unos eran inquietos, otros tranquilos.

Pero las palabras de Cristo entraban en el corazón de cada uno de ellos, por muy distintos que fueran.

Esos hombres se unían bajo el amor de Cristo y no bajo las órdenes de un maestro temido que podía destruirlos.

Así muestra Leonardo da Vinci en su pintura lo nuevo que trajo Cristo a este mundo: amor por cada ser humano, porque todos somos hijos del Padre del Cielo; respeto por la dignidad humana, porque cada alma humana es apreciada y amada por Dios.

No se pueden comprar ni vender seres humanos que realmente son hijos de Dios.

Vemos entonces que el hombre aprendió cada vez más cosas que hacían agradable la vida en la

Tierra, y la Tierra se fue convirtiendo cada vez más en su "hogar", pero el Reino del Cielo se fue oscureciendo cada vez más. Se hizo un mundo de sombras oscuras.

Pero para la gente que seguía a Cristo todo esto cambió: podían sentir cerca el reino de Dios lleno de luz, ya no temían a la muerte, porque el amor y la cordialidad no sólo une a los seres humanos, sino también une el Cielo con la Tierra.

Cuando amamos a los demás, cuando nos preocupamos de ellos y los cuidamos, el reino de Dios está en nuestro corazón.

Es por eso que la venida de Cristo es el evento más importante de toda la historia de la humanidad.

Todos los sueños de los hombres, todo el pensar inteligente de los griegos, toda la belleza del arte griego, son como nada, comparado con lo que trajo Cristo.

Todos los inventos de nuestros tiempos, automóviles, aviones y computadoras, son muy poco comparado con el regalo que nos trajo Cristo, pues ¿cuál es el bien que puede aportamos todo eso si la gente vive con temor y odiando al prójimo, y si se destruyen los unos a los otros en las guerras?

Pero algo tan grande como lo que trajo Cristo requiere mucho tiempo para crecer y alcanzar todos los corazones humanos.

Aún nosotros estamos muy lejos de vivir en la Tierra como hermanos.

Los romanos, que vinieron después de los griegos, creían en el poder y no en el amor.

2. LA FUNDACIÓN DE ROMA <https://ideaswaldorf.com/2-la-fundacion-de-roma/> <https://ideaswaldorf.com/fundacion-de-roma/>

Los latinos

Los griegos tenían un gran sentido de la belleza.

Sus templos y sus estatuas, hasta su poesía —los poemas de Homero sobre la guerra de Troya, sobre las aventuras de Odiseo—, despiertan una gran admiración en el mundo hasta el día de hoy.

Y la claridad en el pensar, en su filosofía, y en su ciencia, era igual de admirable.

Pero cuando se trataba del poder, los griegos no eran muy hábiles, nunca pudieron construir un gran imperio.

Por supuesto que hubo un Alejandro Magno que en pocos años creó un vasto imperio, pero al morir él, el imperio se deshizo, y cada general arrebató un reino para sí mismo.

Fueron incapaces de estar juntos.

Los romanos eran muy distintos, tenían muy poco sentido por la belleza, no tuvieron realmente grandes pensadores, tuvieron que aprender su arte y sus conocimientos de otras naciones, pero eran buenos para imitar.

Pero cuando se trataba de ganar y mantener el poder, los romanos eran mejores y más rápidos que cualquier otra nación.

Para conocer los comienzos de Roma hemos de retroceder un largo camino, hemos de retroceder hasta la **Guerra de Troya** <https://ideaswaldorf.com/la-guerra-de-troya/>.

Al final de la larga guerra, los griegos lograron penetrar en la ciudad de Troya a través de un truco ingenioso de Odiseo, que presentó un caballo de madera frente a Troya como regalo para los troyanos, y que éstos introdujeron en la ciudad.

Y en aquella noche terrible, los griegos atacaron a los troyanos y los mataron por miles.

Sólo un héroe troyano, **Eneas** logró escapar.

Él no pudo salvar a su esposa, que murió en las llamas, pero llevó a su padre anciano sobre su espalda, y guió a su hijo de la mano, junto con unos pocos sirvientes, a la orilla del mar.

Encontró un barco en la orilla, y él, junto a su gente, subió al barco para abandonar el lugar, dejando atrás el rojo fulgor del cielo nocturno y la Troya incendiada.

Durante largo tiempo navegó Eneas y su gente por el mar, en busca de un nuevo hogar.

A veces encontraban islas estériles y vacías, donde no podían quedarse; otras veces llegaban a playas habitadas por guerreros feroces que no les dejaban quedarse.

Finalmente, después de muchas aventuras, avistaron la línea costera de un país de un verde agradable con muchas colinas llenas de bosques, donde brillaba un sol magnífico.

Era el país que hoy llamamos Italia.

En aquellos días, hace unos tres mil años, Italia estaba compuesta de muchos pequeños estados, cada cual con su propio rey.

El rey de la parte a la que llegó Eneas se llamaba **Latino**, igual que su gente, los latinos.

El rey Latino recibió a Eneas con gran hospitalidad y le dio la bienvenida; de modo que él y su gente se quedaron y establecieron allí.

Después de un tiempo, Eneas se casó con **Lavinia**, la hija del rey Latino, y cuando murió Latino, Eneas se convirtió en el rey de su país.

El nombre del amable rey Latino se recuerda aún hoy día por el nombre que se le dio al idioma que su gente hablaba y que llegó a ser también el idioma de Eneas: el latín.

Así que un héroe troyano, Eneas, llegó a ser el rey de los pueblos que hablaban latín.

Cuando Eneas murió, su hijo **Ascanio**, que era un niño muy pequeño cuando escaparon de Troya, llegó a sucederle en el trono.

Y así gobernaron por mucho tiempo reyes de sangre troyana sobre los pueblos latinos.

Uno de esos reyes descendientes de Eneas tuvo dos hijos: Numitor* y Amulio*.

Cuando murió su padre, Numitor, que era el mayor, tenía el derecho de ser nuevo rey.

Pero el hijo menor, Amulio, envidiaba a su hermano Numitor, y pensaba: *“¿Por qué tiene él que recibirlo todo?”*

Y Amulio se quejaba diciendo que no era justo que él no recibiera alguna parte.

Entonces Numitor, el hermano mayor, no quiso luchar con su hermano, y le dijo:

—“Estoy dispuesto a compartir contigo cualquier cosa que nuestro padre haya dejado. Dime, ¿qué es lo que quieres?”

Y Amulio le contestó:

—“Nuestro padre dejó un gran tesoro de oro.» Si me das el oro, puedes ser el rey y gobernar el país» Pero no sería justo que tú tuvieras las dos cosas, el tesoro y el reino.

Numitor estuvo de acuerdo y el tesoro real le fue entregado a Amulio.

Pero Amulio sólo había pedido el tesoro porque él tenía su propio plan malvado de usar el tesoro de una manera que su hermano no esperaba.

Amulio tenía amigos en la guardia real de Numitor y secretamente les daba regalos de oro, prometiéndoles más si cumplían sus peticiones.

Cuando Amulio hubo sobornado a los soldados y los tuvo a su lado, les dio la orden de deshacerse de Numitor.

Y de ese modo, un día Numitor fue capturado por sus propios soldados, lo llevaron a una cabaña de campesinos y le dijeron:

—“Desde hoy éste es tu palacio”

Le mostraron un rebaño de ovejas y le dijeron:

—“Desde hoy gobernarás estas ovejas”.

Y así, el astuto Amulio se nombró a sí mismo rey de los latinos.

Pero eso no era todo; quería asegurarse de que nadie fuera a arrebatarse el poder algún día.

El rey Numitor tenía una hija, Rea Silvia <https://ideaswaldorf.com/fundacion-de-roma/>

Ella no era ningún peligro para Amulio, pero si tuviera hijos ellos podían llegar a ser una amenaza algún día.

De modo que Amulio encerró a Rea en el templo de Vesta* <https://ideaswaldorf.com/la-vestal/>

Allí una mujer le llevaba comida una vez al día y nadie la veía en aquel templo.

Finalmente, Amulio se sentía seguro.

Pero Amulio había hecho sus planes sin tener en cuenta a los dioses, y esa era aún una época en la que los dioses a veces tomaban forma humana, y participaban de las peleas humanas, como lo habían hecho en la guerra de Troya.

Y había un dios que tomaba parte, el dios de la guerra, de las disputas y las batallas.

El nombre romano de ese dios era Marte, Ares para los griegos.

En las pinturas se lo mostraba con casco y armadura, espada y escudo, y un cuerpo de enorme poder y tremenda fuerza, con una barba negra y unos ojos que daban miedo a cualquiera que los mirara.

Pero ese dios que disfrutaba con el choque de armas, el ruido salvaje de las batallas, y los pasos firmes de los soldados marchando, no era amigo de cobardes como Amulio, que adquirirían el poder por medio de trucos mezquinos y cobardes.

Marte se le aparecía a Rea en el templo donde estaba prisionera y la confortaba, le traía consuelo y, con el tiempo, acabó siendo su esposo.

Rea le regaló dos hijos mellizos. Al poco tiempo el dios Marte le dijo:

—“Escucho el sonido de los tambores de guerra. En un país muy lejano las trompetas llaman a los hombres a la batalla. Tengo que abandonarte, porque he de estar allí donde los hombres buscan la victoria o la muerte. Pero no tengas miedo, Rea, pase lo que pase, tus hijos mellizos no podrán ser jamás heridos por lo que haga el malvado Amulio.

Y así desapareció Marte.

Amulio llegó a saber que Rea había dado a luz a dos hijos, y se puso furioso, y sabía que tenía que destruir a esos niños antes de que llegaran a convertirse en un peligro para él.

En los comienzos de la historia de Roma, no hay mucha amabilidad ni amor.

En su origen no está la sabia Palas Atenea —como en Atenas—, sino Marte, el furioso dios de la guerra.

Rómulo y Remo <https://ideaswaldorf.com/roma-y-rapto-de-las-sabinas/>

Antes de seguir con la historia de los hijos de Rea, vamos a echar una ojeada a la vida de aquellos tiempos.

En la soleada Italia aún había inmensos bosques en las colinas, habitados por animales salvajes, osos y lobos. En los aireados valles entre las montañas había campos de cebada y trigo. Los campesinos y pastores construían sus pequeñas casas en las inclinadas laderas en lugar de hacerlo en los valles. Podríamos pensar que eso era un inconveniente, pues para ir y volver del campo había que bajar y subir constantemente las colinas. Pero de ese modo resultaba más difícil si los enemigos querían atacarles; y esos ataques eran muy frecuentes. Muchas veces, habitantes de algún valle vecino intentaban robar los rebaños y los ganados.

Además de los osos y los lobos —que mataban muchas ovejas y vacas—, en los bosques también vivían bandidos y ladrones. Cuando un hombre del pueblo había cometido un crimen, muchas veces escapaba antes de ser castigado y cambiaba su vida convirtiéndose en bandido sin ley en el bosque.

Los pastores que llevaban el ganado y las ovejas de un pastizal a otro tenían que ir armados para ahuyentar tanto a los lobos como a las bandas de ladrones. Luchar era algo natural, era parte de la vida de esta gente.

Las 'ciudades' eran sólo pueblos más grandes, contruidos en la colina y rodeados por un muro. Las casas eran simples cabañas y hasta la casa del rey era solamente una cabaña más amplia, con un gran salón, no era un palacio. La ciudad donde vivía el rey Amulio, Alba Longa*, era así.

Amulio destronó a su hermano Numitor y lo dejó vivir como campesino, y la hija de Numitor había sido encerrada en el templo de Vesta. Allí dio a luz a dos mellizos cuyo padre era Marte, el feroz dios de la guerra. Amulio decidió que estos bebés tenían que morir para que no pudieran volverse en contra suya cuando crecieran. Y entonces Amulio dio la orden de que los bebés fueran apartados de su madre y tirados al gran río Tíber, que estaba cerca. Los sirvientes fueron al templo donde Rea estaba prisionera. No hicieron caso de sus gritos y lágrimas, le quitaron a los niños y se los llevaron. Para llevarlos más fácilmente los pusieron en un canasto, y así llegaron al río Tíber. En aquella época había llovido mucho, el río Tíber iba muy crecido y había inundado sus orillas. Los sirvientes no podían acercarse mucho a la poderosa corriente del río. Por eso echaron el canasto con los niños al río desde la orilla más cercana, que estaba inundada, y se fueron. Pero el río se portó bien con los bebés. Apenas los sirvientes hubieron partido la crecida del río comenzó a retroceder y el canasto fue llevado flotando hasta detenerse en la orilla.

Cerca de aquel lugar había una cueva que era la madriguera de una loba y sus pequeños lobeznos. La loba fue al río de noche para beber. Al oír el llanto de los niños se acercó al canasto, sacó a uno de los bebés y lo llevó a la madriguera, luego hizo lo mismo con el otro. En la madriguera amamantó a los dos bebés junto a sus cachorros.

Y así los dos hermanos vivieron un tiempo de la leche de la loba.

Los lobos son criaturas bravas, valientes y salvajes, y algo de esa naturaleza de lobo se traspasó a los niños que se alimentaban de la leche de la loba. Pero un día en que la loba había salido de su madriguera a buscar su comida, pasó cerca de la cueva Fáustulo*, un pastor. Escuchó el llanto de los niños y el ladrido de los lobeznos, y se acercó. Vio a dos niños, los tomó, y se los llevó a su casa donde vivía con su mujer, Acca Larencia*.

No tenían hijos propios y le agradecieron a los dioses el haber encontrado a estos pequeños, porque ellos podían criar como si fueran sus propios hijos. Les dieron de nombre Rómulo y Remo. Y de ese modo Rómulo y Remo se criaron como hijos del pastor.

Cuando crecieron, los dos niños eran más fieros, rudos y fuertes que los demás pastores jóvenes de las colinas salvajes.

Un día, un grupo de malhechores salió del bosque, robaron algunos rebaños y secuestraron a algunos pastores para usarlos como rehenes. Rómulo y Remo los buscaron, mataron a los ladrones en una feroz lucha, y dejaron a sus amigos en libertad.

Desde aquel día Rómulo y Remo llegaron a ser los líderes de los pastores de las colinas, y todos les obedecían.

En aquellos tiempos era normal que un pastor robara las ovejas de otro, y Rómulo y Remo se llevaron las ovejas que pertenecían a Numitor, que era su abuelo sin que ellos lo supieran. Numitor ya era un anciano que no podía defenderse contra los atacantes.

A los habitantes del pueblo de la colina, que se llamaba Alba Longa, no les gustó lo que había ocurrido, pues la próxima vez podría tocarle a sus ovejas. Así fue como algunos de ellos se escondieron en la colina, y cuando Remo estaba solo cayeron sobre él, lo amarraron y lo llevaron ante el viejo Numitor, que vivía como pastor y campesino. Numitor miró al joven,

podía estar enojado con él, pero extrañamente no sentía ninguna rabia, sino al contrario sentía una extraña simpatía por aquel joven pastor.

También tenía un aspecto noble de una manera mucho más orgullosa y altiva, lo que resultaba extraño para un pastor. Numitor preguntó si podían traerle al padre de Remo.

Después de que este llegara, Numitor escuchó toda su historia, de cómo los dos hermanos habían sido hallados en la madriguera de una loba. Y entonces Numitor descubrió que esos dos jóvenes eran sus nietos. Abrazó a Remo y le dio la bienvenida como su nieto.

Mientras tanto Rómulo había averiguado que su hermano había sido hecho prisionero y no iba a quedarse cruzado de brazos. Llamó a sus amigos pastores y todos se presentaron fuertemente armados y lo siguieron a Alba Longa para liberar a Remo.

Amulio, el rey malvado de Alba Longa, escuchó que un grupo de pastores furiosos se acercaban a la ciudad. Él y sus soldados se armaron y salieron apresuradamente, pensando que era cosa fácil ganar a esos rudos hombres de las colinas. Pero estaba muy equivocado, se desató una batalla feroz, y en la lucha, Rómulo mató a Amulio.

Cuando los soldados vieron que su rey había caído, huyeron en todas direcciones. Rómulo y sus pastores corrieron a las puertas de la ciudad para encontrar y liberar a Remo. Pero no estaba allí. Podemos imaginarnos cuál fue su sorpresa cuando vieron acercarse desde el campo a Remo con Numitor y cuán grande fue la alegría de Rómulo al escuchar que él y su hermano eran nietos del verdadero rey.

Apresuradamente, fueron a liberar a su madre Rea de su prisión en el templo, y Numitor otra vez ocupó el trono, como era su derecho, y la gente del pueblo y los pastores celebraron juntos una gran fiesta. Pero Rómulo y Remo no querían quedarse en la ciudad de Alba Longa. Querían construir su propia ciudad en las colinas donde habían apacentado a sus rebaños, una ciudad a orillas del río Tíber que había salvado sus vidas. Aún no sabían que sólo uno de ellos iba a gobernar aquella nueva ciudad.

La fundación de Roma <https://ideaswaldorf.com/roma-y-rapto-de-las-sabinas/>

Rómulo y Remo decidieron construir su propia ciudad. Debía estar cerca del río Tíber, que les había salvado la vida, y debía estar en la cima de una colina.

Pero tenían que elegir entre siete colinas, y los dos hermanos no se ponían de acuerdo sobre cuál colina elegir.

Por consejo de su abuelo, el rey Numitor, acordaron que los dioses decidirían dónde debía construirse la nueva ciudad. Lo hicieron de la siguiente manera: Rómulo subió a la colina que más le gustaba —**la colina Palatina**—, y Remo escaló la cima de la colina que él prefería. Los dos construyeron un pequeño altar hecho de piedras, e hicieron un sacrificio a los dioses. Luego ambos miraron hacia arriba para ver el vuelo de los pájaros, porque los dioses iban a manifestarse a través del vuelo de los pájaros.

De ese modo, cada uno, desde su colina y con mirada aguda, esperaba a ver lo que sucedía. De pronto, Remo gritó:

—*¡Yo veo seis pájaros volando sobre mi colina!*”

Apenas dicho esto, Rómulo gritó:

—*¡Yo veo doce pájaros volando sobre mi colina!*”

Iba a resultar el ganador porque había visto más pájaros.

Esto se había ido haciendo así durante cientos de años por costumbre.

Grandes acontecimientos se decidían por el vuelo de los pájaros. No solamente se tenía en cuenta el número de pájaros, sino también la dirección de donde venían, si volaban alto o bajo, o qué tipo de pájaros eran. Nadie viajaba, ningún general iba a la batalla, ningún

barco navegaba hasta que el vuelo de los pájaros le indicaba si lo que iban hacer iba a salir bien o mal. Predecir el futuro a través de los pájaros se llamaba 'augurio.'

En tiempos posteriores hubo personas especializadas en interpretar los augurios que se limitaban a describir lo que quería decir este o aquel vuelo de pájaros. Era un conocimiento especializado.

En el caso de Rómulo y Remo fue fácil. Rómulo vio más pájaros, así que ganó.

La nueva ciudad se iba a construir en la colina que él había elegido, la colina Palatina.

Remo, no estaba muy contento, pero no tenía más remedio que ceder, porque el augurio había decidido en favor de Rómulo. Y aún tenía más razones para estar enfadado. Rómulo llamó a todos sus seguidores de entre los pastores, los congregó en la colina Palatina, y les dijo:

—*“Los dioses decidieron que aquí debe construirse la ciudad donde hemos de vivir. Pero ¿quién debe ser el rey de la ciudad?”*

—*“¿Yo o mi hermano?”*

Todos gritaron:

—*“¡Tú, Rómulo, nuestro rey!”* Rómulo dijo:

—*“Así será, y la ciudad se llamará Roma”.*

Remo esperaba que él y Rómulo iban a ser los dos reyes, que iban a compartir el poder, y estaba muy resentido porque Rómulo se había adueñado de la ciudad para él solo. Rómulo no se daba cuenta de nada ni tampoco tenía en cuenta a Remo. Comenzó los preparativos de la construcción de la ciudad e ignoraba a su hermano desilusionado.

En aquellos días, fundación de una nueva ciudad, con la construcción de las casas, era toda una ceremonia.

Primero, Rómulo cavó un hoyo en el suelo, y en este hoyo echó un puñado de granos de trigo. Cada uno de los hombres echó un poco de Tierra sobre los granos hasta que se tapó el hoyo. Con eso se estaba pidiendo: *“Que en esta ciudad nunca falte la comida.”* Entonces ataron un buey y un toro blancos a un arado, y Rómulo los condujo alrededor haciendo un gran surco circular, pues ése iba a ser el límite de la ciudad. Mientras hacía eso oraba a los dioses para que fuera una ciudad fuerte y poderosa, y como respuesta a sus oraciones se escuchó un trueno y se vieron relámpagos en el cielo.

Cuando los límites quedaron marcados en el suelo en el surco del arado, los hombres empezaron a construir la empalizada siguiendo ese cerco.

La muralla era lo primero que debía ser construido, porque en aquellos días siempre se pensaba primero en los enemigos que podían atacar, y ninguna casa estaría segura mientras no existiera la protección de la muralla de la ciudad.

La fundación de Roma, el día en que empezó la construcción de Roma, fue el 21 de abril del 752 a.d.C —aunque según otras fuentes fue en el año 747 a.de C.*

Con el tiempo, esa ciudad, cuyos límites fueron marcados por un arado, acabaría creciendo de colina en colina hasta cubrir las siete colinas, y llegar a ser la capital de un imperio que abarcaría desde Escocia hasta Egipto, desde Hispania hasta Siria.

Ese vasto imperio comenzó, pues, como una pequeña ciudad amurallada encima de una colina.

Cuando Rómulo comenzó a colocar la primera hilera de piedras para el muro de la futura ciudad, Remo, que había observado la ceremonia del arado con amargura, no pudo detenerse más. Se burlaba del trabajo que se hacía e ironizaba sobre el muro.

Eso fastidiaba a Rómulo. El muro aún era muy bajo, sólo se había colocado la primera fila de piedras y Remo seguía diciendo con sarcasmo:

—*“¡Qué poderoso muro, qué maravillosa protección para la ciudad del rey Rómulo!”*

Rómulo se enojaba cada vez más y Remo estaba cada vez más contento. Era una manera de hacer pagar a su hermano el hecho de haberse proclamado rey él solo, sin compartir el poder.

Después, Remo saltó sobre el muro gritando:

—“¡Mira cómo protege este muro la ciudad!”

Allí Rómulo perdió la paciencia, sacó su espada y mató a su hermano Remo. Rómulo, al ver a su hermano muerto, se limitó a decir:

—“¡Así perecerá cualquiera que trate de saltar el muro de Roma!”

Y así fue cómo el día de la fundación de Roma fue un día sangriento: Rómulo mató a su hermano gemelo.

Cuando el muro creció en altura los pastores, que habían elegido a Rómulo como rey, comenzaron a hacer sus casas dentro del recinto. Pero no eran muchos, y el espacio dentro del muro daba para mucho más: gran parte de la ciudad todavía quedaba vacía. Rómulo anhelaba una ciudad llena de gente, él quería un gran número de personas sobre las que gobernar y que le obedecieran. *¿Qué podría hacer para aumentar el número de seguidores?* Estaban los sin ley, los malhechores y ladrones, que tenían su escondrijo en las colinas y bosques. Esos hombres jamás podrían volver a su propia ciudad, y si lo hacían serían ejecutados.

Rómulo ofreció asilo, un refugio seguro, a todo el que fuera sin ley, ladrón o asesino, porque ninguna otra ciudad o pueblo los quería. Y entonces fueron ‘invitados’ a echar raíces en Roma. De toda Italia llegaron cientos de ellos y llenaron la ciudad. Eran protegidos allí de cualquier castigo que hubieran merecido por sus fechorías.

Así que el primer rey de Roma fue un hombre que había asesinado a su propio hermano, y los primeros habitantes de Roma malhechores, ladrones y asesinos.

Las mujeres sabinas <https://ideaswaldorf.com/roma-y-rapto-de-las-sabinas/>

En la fundación de Atenas, Poseidón, el dios del mar, y Palas Atenea, la diosa de la sabiduría, compitieron para saber quién iba a tener el honor de convertirse en el protector de Atenas. Poseidón regaló un caballo y Palas Atenea regaló un maravilloso olivo. Lo que sucedería más tarde con la fundación de Roma fue muy distinto, ya que comenzó con el derramamiento de sangre, la matanza entre hermanos.

Los primeros habitantes de Roma no eran hombres de gran sensibilidad por la belleza artística, sino ladrones y gente de baja calaña. Rómulo tenía tantos hombres como quería, hombres que habían vivido durante años de la caza y de sus propios esfuerzos por sobrevivir, pero no había suficientes mujeres. Pocas niñas y mujeres vivían en cuevas de ladrones en las colinas. Y esos hombres, cuando escaparon, habían dejado atrás a sus mujeres. Pero cuando se asentaron en Roma querían volver a tener mujer y familia propia. Cuando iban a los pueblos vecinos a buscar muchachas con las que casarse, eran echados de allí con desprecio, pues ningún padre quería que su hija viviera con los sin ley. No olvidemos que en aquellos días los padres decidían con quién se iba a casar sus hijas.

Los hombres se presentaron al rey Rómulo preguntándole de qué servía ser habitantes de Roma si no podían tener mujeres, hijos, sus propias familias. Rómulo se dio cuenta de que los sin ley no se iban a quedar con él si no tenían mujeres. Y decidió conseguirles lo que querían.

Había una tribu de gente pacífica viviendo bastante cerca de Roma: los sabinos*. Las mujeres entre los sabinos eran famosas por su belleza. Se estaba acercando la gran fiesta de las cosechas y Rómulo mandó mensajeros a los sabinos y los invitó con sus familias para

el día de la fiesta, para que vieran los juegos y las carreras que se iban a realizar en Roma. Los sabinos llegaron con sus mujeres y fueron recibidos con gran hospitalidad. Se les convidó a comer y beber, y luego comenzaron los juegos. Había luchas, carreras, y otras manifestaciones deportivas. De pronto, a una señal del rey Rómulo, guerreros romanos armados capturaron con gran velocidad a las muchachas sabinas de entre la multitud, y se las llevaron, a pesar de sus gritos y de su resistencia. Los hombres sabinos habían acudido sin armas, en son de paz, y no podían ayudar a sus hijas. Huyeron de la traicionera ciudad de Roma, pero juraron venganza a la ciudad de los ladrones. Pero Roma —asentada en la colina y rodeada de un fuerte muro— no era una ciudad fácil de asaltar.

Los sabinos —que eran gente pacífica— necesitaron dos años para prepararse para la lucha con los feroces romanos. Después de dos años estaban bien armados y listos para marchar contra Roma. Sin embargo, les hubiera sido difícil superar el muro vigilado por los feroces romanos, si no hubiese sido por un traidor entre los romanos, una joven vestal llamada **Tarpeya**, hija de Espurio **Tarpeyo**, el guardián de la fortaleza.

La joven había visto que los sabinos llevaban pulseras doradas en el brazo izquierdo y ella prefería el oro más que otra cosa en el mundo. Otra versión dice que quería ayudar a los Sabinos porque estaba enamorada de su rey **Tito Tacio**.

Una noche se fue la ciudad de los sabinos y les prometió abrir las puertas de la muralla para ellos sí le recompensaban con las pulseras que llevaban en el brazo izquierdo. Después, volvió a Roma. Al día siguiente, los sabinos atacaron la muralla de Roma y los defensores en el muro les echaron una lluvia de piedras y flechas.

De pronto, la gran puerta se abrió y los sabinos entraron precipitadamente en la ciudad. En la entrada estaba Tarpeya, la muchacha que había traicionado a su propia gente.

Ella gritaba:

—*¡Dadme mi recompensa, lo que lleváis en el brazo izquierdo!*

Pero los sabinos despreciaban a los traidores, aunque ese traidor les hubiera sido útil, y le tiraron encima lo que llevaban en el brazo izquierdo, que no eran pulseras doradas, sino sus pesados escudos, y Tarpeya murió aplastada por ellos. Luego fue arrojada desde una roca por el precipicio. Esa roca fue llamada la roca Tarpeya, desde donde, en lo sucesivo, los asesinos y traidores serían precipitados al vacío.

Después de matar a Tarpeya, los sabinos recogieron sus escudos y entraron en la ciudad, y se desató la lucha en las calles de Roma.

Las muchachas sabinas, que habían sido raptadas y que eran la causa de esta batalla, se habían casado con los romanos, llegaron a amar a sus esposos y les habían dado hijos.

Ahora, en las calles estaban luchando los abuelos y padres de esos niños, y se mataban entre sí. Las mujeres sabinas no podían soportar que eso ocurriera. Con sus bebés en brazos se interpusieron entre los dos ejércitos en pugna, se echaban entre los hombres en lucha, gritando que terminara la matanza.

Levantaban a sus bebés y éstos, a su vez, levantaban los bracitos como si también estuvieran pidiendo paz.

Los sabinos habían entrado en Roma furiosos para vengarse, pero ahora, viendo a sus hijas que se habían interpuesto intrépidamente entre los combatientes y que suplicaban de rodillas que se terminara la matanza, viendo a los niños en sus brazos, a sus propios nietos, la furia vengativa se apagó y también los romanos perdieron las ganas de seguir la lucha.

Uno tras otro, fueron bajando las armas. Finalmente, los padres sabinos abrazaron a sus hijas, le dieron la mano a sus 'enemigos' romanos, y sentaron a sus nietos y nietas sobre los escudos. El ataque terminó en paz y amistad entre sabinos y romanos, y se unificaron.

Esta batalla es la única en la historia que no fue ganada por ningún bando, si no por las mujeres, que ni siquiera habían luchado. Aunque las mujeres habían llegado a Roma por la fuerza y mediante una artimaña, esta vez un acontecimiento malvado, como fue su secuestro, terminó en paz y amistad.

El rey de Sabinia, Tito Tacio, y Rómulo gobernaron juntos y formaron una diarquía* en Roma, hasta la muerte de Tito, en que Roma siguió gobernada por Rómulo. Los sabinos y romanos se habían convertido en un solo pueblo.

Un día ocurrió algo extraño: en la ciudad había un gran espacio abierto, el campo de Marte. Marte era el dios de la guerra y padre de Rómulo y Remo. Rómulo había ordenado una gran asamblea de todos en el campo de Marte para celebrar un festival. Cuando toda la gente se había reunido se desató una terrible tormenta en la que retumbaban truenos y brillaban relámpagos, los vientos soplaban, caían torrentes de lluvia, y las nubes oscurecían tanto el cielo que parecía de noche. La gente asustada abandonó corriendo el campo, huyendo a sus casas. Cuando la tormenta terminó y se aclaró de nuevo el cielo, el rey Rómulo había desaparecido y jamás nadie volvió a verlo.

Los romanos cuentan que había sido sacado fuera de la Tierra por su padre Marte.

El siguiente rey que fue elegido para gobernar Roma fue **Numa Pompilio**, un sabino, un hombre de paz, sabiduría y justicia. Durante su reinado no hubo ni violencia ni matanzas, no hubo guerras, los campos daban alimento en abundancia, los rebaños crecían. Eran tiempos de paz y prosperidad para la joven ciudad. Pero después de ese rey pacífico llegaron otros reyes y la guerra volvió a hacerse presente. <https://ideaswaldorf.com/roma-y-rapto-de-las-sabinas/>

Los etruscos

En esos lejanos días, la vida de Roma era sencilla. Los hombres trabajaban en el campo con los cultivos o con los rebaños. Las mujeres cardaban la lana y el lino, convirtiéndolos en hilos —ovillos y madejas— que luego en el telar se convertían en telas para hacer la ropa. Hacían sus propias ollas y cacerolas de barro. Una casa romana de aquellos tiempos era muy sencilla, una habitación única en la que convivían todos los miembros de la familia. Las casas no tenían ventanas, pero en el techo había una abertura por la que entraba la luz. Había una chimenea abierta en una esquina. El fuego de la chimenea no debía apagarse y el humo se escapaba por la abertura en el techo. Cuando llovía, el agua que pasaba por la abertura era recogida en cubos.

Nadie sabía escribir, no había libros ni pinturas ni estatuas, y no existía el dinero.

Al pie de la colina estaba el foro, la plaza del mercado, donde los romanos intercambiaban ovejas por cereales, o vacas por lana. Pero no toda la gente de esa parte de Italia vivía de forma tan sencilla como los romanos.

Al norte del río Tíber vivía un pueblo llamado los **etruscos**, que estaban mucho más avanzados y civilizados que los romanos. Como los griegos, los etruscos amaban la belleza. Tenían **frescos**, hermosos en sus paredes, donde se veían bailarinas y músicos. Tenían estatuas, de terracota, de barro cocido, no de piedra como los griegos. Eran hábiles trabajadores del metal, hacían adornos en oro, plata y bronce.

Había mercaderes y comerciantes cuyos barcos llevaban los productos a Grecia, Egipto, Persia y Babilonia.

Comparados con los etruscos, los romanos eran “bárbaros”. Pero los romanos querían aprender de sus vecinos civilizados del norte.

Los reyes romanos tenían maestros etruscos para sus hijos y también eran etruscos los consejeros en todos los ámbitos del gobierno.

Cuando murió el rey **Anco Marcio**, los romanos eligieron un rey etrusco. Durante el tiempo en que reyes etruscos gobernaron Roma, el reino creció y se extendió por las siete colinas, y Roma fue conocida como "*La ciudad de las siete colinas*". Algunas de estas siete colinas aún pueden verse hoy en día.

El río Tíber, que en otros tiempos le salvó la vida a Rómulo y Remo, aún corre a través de la ciudad de las siete colinas.

Bajo el reinado de los reyes etruscos Roma llegó a ser una gran ciudad y los romanos aprendieron muchas cosas. Construyeron casas mejores y más grandes, aprendieron a escribir y comenzaron a usar monedas como dinero.

Los romanos nunca fueron buenos para inventar cosas por sí mismos, pero eran muy buenos para imitar las habilidades de los demás; y de los etruscos aprendieron muchísimo.

Los romanos fueron felices bajo el reinado etrusco mientras sus reyes gobernaban con sabiduría y justicia. Pero el último de esos reyes sabios, **Servio Tulio**, fue asesinado por su yerno. Éste hubiera sido rey de todos modos, pero no quiso esperar tantos años a que su suegro muriera de una muerte natural, así que lo apuñaló y pasó a convertirse en rey, un rey cruel y malvado. Su nombre era **Tarquino**, pero era llamado Tarquinius Superbus, es decir, Tarquino el soberbio, el arrogante.

Los romanos, por supuesto, estaban horrorizados de que un hombre que había asesinado a su propio padre fuera a gobernarlos, pero cualquiera que hablase en público contra Tarquino era ejecutado. Si un romano era rico corría el peligro de que Tarquino se apoderara de su casa, de sus campos o de sus tesoros, confiscando los bienes y matando al dueño. Si era pobre, Tarquino lo hacía trabajar como esclavo, y si no trabajaba lo suficiente perdería la vida.

No era sólo a Tarquino que los romanos temían y odiaban. Él tenía dos hijos que eran tan malvados como su padre. Solían cabalgar por la ciudad, y si la gente no se apartaba de su camino eran azotados con el látigo usaban con el caballo. Si veían algo que les gustaba, en un comercio o en una casa, simplemente entraban, lo tomaban, y volvían a marcharse, riéndose.

Servio Tulio, el anciano rey que había sido asesinado por su hijo político Tarquino, tenía algunos parientes, hermanos, primos y sobrinos. Tarquino temía que alguno de esos parientes se vengara del asesinato, y que uno de ellos pudiera liderar una rebelión.

Los parientes fueron capturados y ejecutados uno por uno. Solamente uno de ellos escapó a la muerte. Era un sobrino del rey asesinado. Ese joven no parecía estar en sus cabales y parecía medio tonto. Cuando la gente le hablaba los miraba fijamente y de pronto estallaba en risas sin razón alguna; a veces hablaba consigo mismo o caía de bruces sin razón alguna.

Los romanos lo llamaban **Bruto**, que quería decir tonto, alguien que no tiene más sentido que un animal. A veces decimos de un animal "este pobre" y llamamos "brutal" al trato que se da a un ser humano como si fuera un animal.

Como el joven Bruto parecía estúpido, el rey Tarquino supuso que nunca llegaría a ser un peligro para él.

Los romanos habían aprendido mucho de los etruscos, llegaron a ser más civilizados, pero en el reinado de Tarquino estaban pagando un precio terrible. Tuvieron que vivir bajo un tirano cruel y sus vidas no estaban a salvo.

LA REPÚBLICA DE ROMA <https://ideaswaldorf.com/3-la-republica-de-roma/>

Los etruscos eran artesanos habilidosos con gran sentido de la belleza, hacían pinturas, estatuas y hermosos ornamentos de metal, y también eran excelentes constructores. Los romanos, que eran buenos para copiar, aprendieron mucho de los etruscos. Aprendieron de ellos algo que los griegos no conocían: la construcción arquitectónica con arcos y cúpulas.

Los griegos hacían los dinteles de las puertas planos y horizontales. Los romanos también aprendieron a escribir con las letras de un alfabeto, algo que los etruscos habían aprendido de los griegos.

Los etruscos tenían extrañas formas de predecir el futuro. Un sacerdote mataba una oveja en el altar, y cuando miraban las entrañas del animal podía predecir —según las condiciones del hígado o del corazón— si un viaje o un negocio iba a resultar bueno o malo.

Los etruscos —y los romanos que los imitaban— consideraban con especial temor y respeto a ciertas mujeres que vivían solas en cuevas en los bosques o en las colinas, lejos de los hombres. Eran llamadas **sibilas**, y se decía que su conocimiento del futuro les venía de los vientos, nubes y tormentas. Las sibilas vivían lejos de la gente y raras veces salían de sus cuevas.

En los tiempos del rey Tarquinio, el tirano malvado, **la Sibila de Cumas** salió de su cueva montañosa y visitó a Tarquinio en Roma. Era vieja, tan vieja que nadie se acordaba de haberla visto como mujer joven, pero caminaba tan erguida como un pino y era tan alta que parecía una torre entre la gente. Un velo cubría sus cabellos grises y llevaba consigo nueve libros.

Llegó ante rey Tarquinio y le dijo:

—*En estos libros está escrito el futuro de Roma. Yo te vendo estos nueve libros por mil monedas de oro*”.

El rey, que era tacaño y codicioso, le gritó:

—*¡Son demasiadas monedas para nueve libros!*”

La sibila respondió:

—*¿Eso piensas?*”

Tomó tres de los nueve libros y los tiró al fuego que estaba encendido en la chimenea.

—*Ahora me quedan seis libros, y por los seis también quiero mil monedas de oro*”.

El rey Tarquinio gritó:

—*¡Nunca!*”

La sibila tomó otros tres libros y los tiró al fuego y luego dijo:

—*Estos son los últimos tres libros en los que está escrito el destino de Roma, y siguen costando mil monedas de oro*”.

Tarquinio se asustó de la mujer, un rey no podía provocar la ira de una sibila. Así que pagó los tres libros por el precio de nueve.

Los libros fueron depositados en el templo de **Júpiter** y, en lo sucesivo, cuando Roma estaba en peligro, los sacerdotes los consultaban para ver la forma de salvar la ciudad. Los libros de la sibila no decían nada sobre el futuro del rey Tarquinio. Tal vez era algo que estaba escrito en los libros que la sibila había quemado.

El rey Tarquinio estaba preocupado por su futuro, tenía terribles sueños por la noche, y veía a su suegro, el rey legítimo, y a otras personas que había asesinado, y no podía encontrar la paz ni de día ni de noche.

Un día hizo un sacrificio a los dioses en el templo y, súbitamente, apareció una serpiente y devoró la ofrenda del sacrificio delante de sus ojos. El rey pensó que eso sólo

podía ser un mal augurio para él. Estaba tan alarmado que decidió consultar al Oráculo de Delfos, en Grecia el lugar de la profecía más famoso en aquella época.

Mandó a sus dos hijos y a Bruto, el sobrino del anciano rey asesinado, que fingía no estar bien de la cabeza. Los tres tuvieron que viajar por mar y tierra, y finalmente se encontraron ante la sacerdotisa del templo de Delfos. Le preguntaron qué significaba la serpiente que había devorado el sacrificio de Tarquinio. La sacerdotisa les dijo:

—“Es un mal presagio, quiere decir que el reinado del rey Tarquinio llegará pronto a su fin”.

Los príncipes preguntaron, muy interesados:

—“¿Quién gobernará después de él?”

La respuesta dejó una intriga:

—“El que primero bese a su madre será el nuevo rey”.

Los hijos de Tarquinio se apresuraron en regresar para correr hacia su madre. Pero sólo Bruto entendió el sentido real de las palabras de la sacerdotisa. Tan pronto como salió del templo, Bruto se tambaleó e hizo como si se cayera de bruces, los otros habían visto ese gesto estúpido muchas veces, pero no se dieron cuenta de que esta vez estaba besando la tierra. Acababa de besar a la Madre Tierra, ésa era la madre a la que se refería el oráculo.

Los sacerdotes tenían una especie de lenguaje secreto que sólo ellos entendían, en ese lenguaje el Cielo era el padre y la Tierra la madre.

Nosotros aún somos hijos del Cielo y de la Tierra, porque nuestro espíritu inmortal procede del Cielo y nuestro cuerpo procede de la Tierra. Bruto sabía todo esto y besó a la Madre Tierra, mientras los hijos de Tarquinio sólo pensaban en su propia madre humana.

Desde aquel momento Bruto comenzó a tener conversaciones secretas con otros romanos que estaban dispuestos a luchar contra el rey y sus hijos.

Un día, el rey Tarquinio salió a luchar contra otra ciudad italiana y los dos hijos le acompañaban. Uno de ellos dejó el campo de batalla para divertirse en Roma. En su camino pasó por la villa de un oficial romano que no estaba en casa por estar al servicio del rey Tarquinio. La esposa del oficial, una hermosa mujer llamada **Lucrecia**, estaba en la casa y le dio la bienvenida. El príncipe la miraba y pensaba:

—“¿Qué puedo hacer con esta mujer?”

Los hijos de Tarquinio siempre tomaban lo que querían y por eso el príncipe le dijo a la mujer que tenía que irse con él. La mujer se resistió y el hijo de Tarquinio la arrastró riéndose de ella. Ella sabía que no podía luchar con un hombre tan fuerte y, en su desesperación, sacó una daga y se suicidó, clavándosela en el pecho. El príncipe simplemente la dejó allí. Cuando llegó su esposo pocas horas después aún estaba viva y antes de exhalar su último suspiro ella logró contarle lo que había sucedido.

Entonces llegó Bruto y supo lo que había sucedido. Ambos tomaron el cuerpo de Lucrecia y lo llevaron al foro de Roma. Allí en la plaza, ante miles de romanos, Bruto arengó a la multitud y les contó lo que había sucedido. Y les recordó que eso podía sucederle a cualquiera mientras Tarquinio y sus hijos gobernasen en Roma.

Había llegado la hora de deshacerse de él. Sus furiosas palabras incitaron a los romanos que habían sufrido tanto tiempo. Entonces se levantaron en armas contra Tarquinio y sus hijos. Los soldados de Tarquinio al saber lo que le había sucedido a la mujer de uno de sus oficiales, desertaron y se unieron a los rebeldes.

Tarquinio y sus hijos, abandonados por sus soldados, huyeron a refugiarse entre su propia gente, los etruscos. Entonces, los romanos decidieron que nunca más serían gobernados por un rey. De este modo Roma se convirtió en una **República**, donde cada año se elegía a dos hombres con el mismo poder para hacer leyes y ocuparse de la justicia del

país. Se les llamó cónsules, y los dos primeros fueron Bruto y **Colatino**, el esposo de Lucrecia. De este modo, Bruto, que había fingido estar loco, liberó a Roma de su tirano Tarquinio.

De cómo Horacio mantuvo el puente <https://ideaswaldorf.com/la-mano-en-el-fuego/>

Roma era la ciudad de las siete colinas y creció desde la colina Palatina —donde Rómulo había construido su ciudad amurallada— hasta abarcar las siete colinas a lo largo del río Tíber. Pero también fue la ciudad de siete reyes: el primero fue el propio Rómulo (752 aC-715 a. d.C.), luego le siguió el pacífico rey sabino Numa Pompilio (715 aC-673 a. d.C.), seguido de otros dos reyes romanos: Tulio Hostilio (673 aC-640 a. d.C.) y Anco Marcio (636 aC-617 a. d.C.) y, por último, tres de origen etrusco: Tarquinio Prisco (616 aC-573 a. d.C.), Servio Tulio (578 aC-534 a. d.C.) y Tarquinio el Soberbio (534 aC-509 a. d.C.). El tercero de los reyes etruscos, el cruel Tarquinio el Soberbio fue, pues, el séptimo y último rey de Roma. Tarquinio había sido expulsado de Roma y había huido a refugiarse entre su propia gente, los etruscos. Pero no era un hombre que abandonara las cosas, especialmente el poder, tan fácilmente.

Así que persuadió al rey etrusco, **Lars Porsena** <https://ideaswaldorf.com/la-mano-en-el-fuego/> para que se levantara en armas y marchara contra Roma.

Fue Bruto, el primer cónsul, quien condujo a los romanos contra los etruscos, y los dos ejércitos chocaron en una furiosa batalla. En un momento determinado Bruto vio a uno de los hijos de Tarquinio, espoleó a su caballo y le apuntó con la lanza. El hijo de Tarquinio hizo lo mismo. Chocaron violentamente y los dos se atravesaron con sus lanzas mutuamente, cayendo muertos desde sus caballos.

Los romanos acabaron ganando esa batalla, pero fue una victoria triste, porque habían perdido a Bruto. Entonces eligieron a otro cónsul, Valerio* para reemplazarlo. Pero Lars Porsena, el rey etrusco, deseaba vengar la derrota y volvió a marchar contra Roma.

Otra vez, los romanos salieron de la ciudad para enfrentarse a los etruscos a campo abierto, pero esta vez fueron derrotados y huyeron a refugiarse a la ciudad, perseguidos por los etruscos. Por donde pasaron los etruscos lo incendiaron todo, pueblos, casas, y campos.

Fuera de la ciudad de Roma había una pequeña colina, la colina **Janícula** y estaba conectada con las murallas de Roma mediante un puente de madera, debajo del cual fluía el poderoso río Tíber. Los romanos intentaron resistir a los etruscos en esa pequeña colina, pero no lo consiguieron, los etruscos lograron invadirla.

El cónsul **Valerio** y los demás líderes dentro de Roma se encontraban en una situación desesperada. Los etruscos podían atacar fácilmente Roma atravesando el puente, por lo que lo más conveniente era destruirlo.

¿Quién se mantendría en el otro lado, en la colina, enfrentándose a los etruscos mientras era destruido el puente?

Naturalmente, los hombres que se hallaran en la colina tampoco tendrían posibilidad de regresar a la ciudad. Pero a los romanos nunca les faltó el coraje.

Horacio, un soldado que había perdido un ojo en batalla, se acercó y se ofreció voluntario para retener al ejército etrusco el tiempo suficiente como para que se pudiera destruir el puente. Y después de que ese valiente se ofreciera para realizar la misión, dos de sus amigos, **Espurio** y **Herminio** se ofrecieron voluntarios a acompañarle. Armados hasta los dientes, los tres hombres se precipitaron hasta el extremo del puente del lado de la colina Janícula y desafiaron a los etruscos que se acercaban.

Por muchos que fueran, los etruscos no podían atacar todos a la vez, sólo unos pocos podían hacerlo al mismo tiempo. De modo que Horacio en el centro, y sus dos amigos a ambos lados, lucharon como leones; mantuvieron a los etruscos a raya, y los montones de cadáveres que se iban acumulando a su alrededor hicieron cada vez más difícil que los demás llegaran hasta ellos.

Mientras tanto, a sus espaldas, los romanos sacaron las maderas del puente y las echaron al río. Cuando estaban quitando la última, les gritaron a los tres héroes:

—“¡Volved!”

Los dos amigos de Horacio regresaron, y se lanzaron sobre la madera oscilante para saltar al otro lado. Pero Horacio siguió luchando hasta que no quedara en pie ninguna madera.

Cuando Horacio estaba matando a otro enemigo, se oyó el estruendo de la última viga estrellándose sobre el Tíber. Estaba completamente solo, frente a miles de enemigos y el puente había desaparecido tras él. Sangrando de muchas heridas, exclamó:

—“¡Padre Tíber, río de Roma, cuida de la vida de un romano!”

Y saltó las torrentosas aguas del río. Los etruscos, en su furia, empezaron a tirarle lanzas, pero ninguna de ellas lo alcanzó. Varias veces Horacio se hundió por el peso de su armadura, pero cada vez lograba salir, hasta que llegó a la otra orilla, donde muchas manos estaban dispuestas a ayudarlo a salir.

El acto heroico de Horacio fue siempre recordado en Roma.

Una vez destruido el puente Lars Porsena y los etruscos no pudieron tornar Roma. Al poco tiempo firmaron la paz. Tarquinio abandonó toda esperanza de recuperar el reino y murió sin amigos ni hogar.

Muchos años más tarde los romanos fueron conquistando todas las ciudades etruscas. Los etruscos conquistados se convirtieron en romanos, y con el tiempo la lengua etrusca acabó desapareciendo. Hoy sólo conocemos el hecho de que fueron hábiles constructores y artistas, que enseñaron muchas cosas a los romanos, y que no hablaban latín. Existen inscripciones, pero nadie sabe interpretarlas.

Han sido los escritores romanos los que nos han dado a conocer la existencia de reyes etruscos que habían gobernado Roma y que cuando el último, Tarquinio el Soberbio, fue expulsado de Roma, ésta se convirtió en República.

Patricios y plebeyos

Tarquinio, el séptimo y último rey de Roma, había sido expulsado de Roma, los etruscos no solamente habían sido expulsados, sino también conquistados por los romanos, y la ciudad de Roma ya no era una pequeña fortaleza en la colina que había elegido Rómulo, sino una gran ciudad extendiéndose sobre siete colinas. Se había convertido en una República, gobernada por los ciudadanos, no por un rey.

Las calles de la ciudad eran muy estrechas y sin pavimentar. Peatones, carros tirados por asnos repletos de frutos y vegetales, jinetes a caballo, todos se amontonaban en estrechos callejones. Las casas eran bajas, pero muchos templos con pilares de mármol se erguían por encima de ellas.

Un visitante de Atenas se habría dado cuenta de que los dioses de los romanos eran los mismos que los griegos, pero con nombres latinos. Había el templo para Apolo, el dios solar, y otro para su hermana Diana, la diosa de la Luna y de la caza, que a la vez protegía a los niños. Había el templo para Marte, el dios de la guerra —cerrado en los escasos

momentos de paz— y el templo de Venus, la diosa del amor —Afrodita en griego—. Había el templo de Mercurio, el dios del comercio y los negocios —Hermes para los griegos—.

Arriba en la colina Capitolina, una de las siete colinas, se eleva el templo de Júpiter, el Padre de los Dioses —Zeus para los griegos—. En castellano, todavía se oyen los nombres de esos dioses en los días de la semana: martes por Marte, miércoles por Mercurio, jueves por Júpiter, y viernes por Venus.

Al pie de la colina donde se hallaba el gran templo de Júpiter se hallaba el foro, el gran centro del mercado. El foro era mercado solamente una vez a la semana. Cada siete días los campesinos se congregaban allí para vender grano, carne, legumbres y pescado. También había tenderetes donde se vendía miel en panales y que era utilizada para endulzar la comida, pues el azúcar era desconocido.

Una vez a la semana se congregaba allí la multitud, los campesinos que vociferaban anunciando sus productos, hombres y mujeres regateando sus compras.

En otros días el foro estaba mucho más tranquilo, pero era importante por otra razón.

Imaginemos a un visitante de Atenas que llega en un día tranquilo a un lugar abierto y amplio, el foro, y que un romano le explica lo que ve:

—“El hombre allá al fondo, seguido de dos esclavos, viste una túnica, y encima, doblada sobre el hombro izquierdo, lleva una gran pieza de tela de lana, llamada toga. Los romanos estamos muy orgullosos de nuestras togas. Las llevan hombres y mujeres.

Los ricos utilizan tela suave y delicada, las togas de los pobres son de material más burdo. Los niños solamente llevan la túnica, y para un joven o una joven romana, cuando cumplen los catorce años es un gran día de ceremonia, cuando se le permite llevar su primera toga. Pero los esclavos solo pueden llevar la túnica. El hombre que te he señalado, el de la toga fina, es un patricio”.

El visitante de Atenas, lleno de curiosidad, pregunta:

—“¿Y qué son los patricios?”

El romano le responde:

—“Los primeros que se asentaron en Roma. Tal vez hayan sido pastores o ladrones, pero desde aquellos lejanos días, los nietos y biznietos de aquellos primeros romanos se hicieron ricos y poderosos. Y como esas familias eran las más antiguas de Roma, las “familias que fundaron la patria”, se les llama los patricios”.

—“Los que llegaron más tarde, cuando Roma ya se extendía sobre las siete colinas, eran muy pobres, los llamamos “plebe”, “plebeyos” o “gente del vulgo”, “gente vulgar”.

Y el romano le sigue explicando:

—“En un hogar romano el padre es el dueño absoluto, su esposa y sus hijos lo obedecen sin cuestionarlo, ni siquiera se atreverían a discutirle o desobedecerle, pues él tiene sobre ellos incluso el poder de la vida o de la muerte. ¡Hasta podría venderlos como esclavos!”

—“Y así como el padre es el dueño de la familia, los patricios son los dueños de Roma. Los senadores son elegidos de entre esas antiguas familias nobles, ricas y respetadas”.

—“¿Y quiénes son los senadores?”

—“Los senadores son el verdadero gobierno de Roma, son los padres de la ciudad. Cuando expulsamos a Tarquinio juramos que nunca más volveríamos a tener un rey en Roma. En lugar de ser gobernados por un rey somos gobernados por el Senado, la asamblea de senadores.

—“Los patricios más sabios y experimentados son elegidos como senadores. La palabra “senex” en latín quiere decir “anciano”, y esos senadores son todas las personas que han vivido muchos años antes de ser considerados lo suficientemente sabios para convertirse en miembros del gobierno”.

-“Cuando nuestros soldados desfilan hacia la batalla portan estandartes en los que se ven escritas las siglas ‘SPQR’ que es la abreviatura de “Senatus Populus Quae Romanus”: el “Senado y el Pueblo Romano”.

-“Nuestros edificios públicos también ostentan esa inscripción, y todas nuestras leyes son emitidas en nombre del Senado y del pueblo”.

-“Estamos orgullosos de tener este tipo de gobierno, pero como ha sucedido con muchas otras cosas, como la escritura, la construcción, el uso de monedas para el comercio, las hemos copiado de los etruscos”.

-“Aquí, en el foro, está el Senado, donde se reúnen los senadores”.

Y entonces el visitante ateniense pregunta:

-“¿Pero ¿qué pasa cuando hay guerra?”

-“¡Esos senadores ancianos seguro que no son buenos conductores de soldados en la batalla!

-“¡Eso es cierto! Entonces, los senadores escogen a dos jóvenes patricios como cónsules. Esos cónsules son nuestros guías en tiempos de guerra, y cuando hay paz procuran que impere la ley y el orden en Roma. Esos cónsules tienen gran poder, pero sólo durante un año, después del cual los senadores eligen a otros dos de entre los jóvenes patricios, de manera que nadie ostenta el poder demasiado tiempo”.

Intrigado, el ateniense pregunta:

-“¿Y quiénes son vuestros soldados?”

-“Todo ciudadano romano sano entre 17 y 45 años ha de estar disponible para servir en el ejército como soldado cuando se le convoque, tanto si es un noble patricio como si es un plebeyo”.

-“Los patricios son los oficiales del ejército y cabalgan y luchan montados a caballo. Los plebeyos son los soldados comunes y marchan a pie, como infantería”.

-“¿Están satisfechos los plebeyos con el hecho de que no tengan voz ni voto en el gobierno?”

-“Los senadores son elegidos de entre los patricios, los senadores eligen a los cónsules de entre los patricios, no hay posibilidad alguna para los plebeyos. Ni tampoco pueden convertirse en oficiales del ejército”.

El romano titubeó antes de responder:

-“Bueno, ha habido problemas de vez en cuando. En una ocasión los plebeyos amenazaron con marchar de la ciudad y construir otra nueva para ellos en una colina fuera de Roma. Pero se les convenció de que volvieran, porque, al fin y al cabo, los plebeyos están tan orgullosos de ser romanos como los patricios, y siempre que aparece un enemigo a quien enfrentarse –lo que sucede constantemente– entonces olvidamos nuestras riñas y discusiones y luchamos hombro a hombro. Pues nosotros, patricios y plebeyos, sólo tenemos un deseo y un anhelo, convertir nuestra ciudad de las siete colinas en la mayor, más rica, más poderosa y más espléndida ciudad en el mundo”.

Y el ateniense piensa:

-“¡Ojalá mi gente en Atenas pensara igual! y aunque tenemos templos más bellos, mejores artistas y maestros más sabios que vosotros nunca seremos tan poderosos como lo seréis algún día vosotros los romanos.”

Las leyes y costumbres romanas

<https://ideaswaldorf.com/leyes-romanas/>

Los romanos tenían algo que no tenían los griegos. ¿Y qué era eso?

El padre romano era el dueño absoluto en el hogar: la madre y los niños obedecían todos sus deseos y órdenes con total sumisión, tanto en los asuntos nimios como en los grandes.

El padre era quien decidía cuándo había de casarse su hijo o su hija: ningún joven romano hubiera pensado en la posibilidad de elegir por sí mismo.

Desde su más tierna infancia, los romanos estaban acostumbrados a la obediencia y a la disciplina. Incluso la palabra “disciplina” —que viene de la palabra latina “discipulus”— se refiere a alguien que ha de aprender, a un alumno. Estando acostumbrados a ello desde la infancia, los romanos mantenían la disciplina a lo largo de toda su vida.

En el hogar, el padre establecía las reglas y toda la familia obedecía. En el Estado, el Senado establecía las leyes y todo el pueblo las obedecía. Una vez que se promulgaba una ley, los romanos consideraban que no había que cambiarla nunca.

Por eso, las leyes del Senado se escribían siempre con sumo cuidado. Cuando un cónsul romano tenía que emitir un juicio, por ejemplo, entre dos hijos que no se ponían de acuerdo a la hora de compartir la herencia de su padre, al cónsul no se le ocurría pensar:

“¿Cuál sería la manera más justa de compartir los bienes en este caso?”

Sino que consultaría qué leyes habían sido escritas al respecto desde hacía mucho tiempo y decidiría de acuerdo con ellas.

Mientras los griegos iban cambiando las leyes de vez en cuando, los romanos las mantenían inalteradas; se aferraban a la letra de las leyes.

Los romanos creían en la justicia, pero era una justicia muerta que no procedía del corazón, sino de los viejos libros. Cuando un cónsul romano caminaba por las calles para ir a emitir su decisión en la corte, doce hombres, llamados ‘lictors,’ caminaban delante de él. Llevaban un hacha grande rodeada de un manojo de varas de madera, la cabeza del hacha sobresalía por encima de las varas. Esos haces, que llamaban ‘fasces,’ fueron los primeros signos de la justicia romana.

Toda la gente en la calle cedía respetuosamente el paso al cónsul que llevaba una toga especial, con borde púrpura. Y todo niño en Roma sabía lo que significaba ese haz de varas: el cónsul podía hacer azotar a los malhechores con las varas o hacer que los decapitaran con el hacha.

Al estar tan acostumbrados a las reglas estrictas desde la infancia, los romanos también mantenían una severa disciplina como soldados en el ejército.

Un hombre que no obedeciera a su oficial, un oficial que no obedeciera a su general, un general que no obedeciera a los senadores, perdía la vida sin misericordia. Pero al estar entrenados en esa disciplina rigurosa, los romanos se convirtieron en soldados mejores que los de cualquier otra nación de su época.

El soldado romano llevaba sobre su túnica una coraza de metal mantenida por bandas de acero. Un casco de metal le protegía la cabeza.

Llevaba un gran escudo grabado hecho de madera muy resistente con borde metálico y una agarradera de hierro en el centro. Como armas, llevaba una lanza de dos metros y una espada corta de dos filos. En una batalla, los romanos luchaban en tres filas.

La primera línea, la frontal, estaba compuesta de soldados jóvenes que habían luchado muy poco o no lo habían hecho nunca. La segunda línea estaba hecha de soldados que ya tenían mucha más práctica en la lucha. Y en la tercera estaban los soldados que habían visto tantas batallas a lo largo de los años que la guerra era simplemente parte de su

vida. De modo que, en una batalla, si los soldados de la primera línea, para quienes todo era nuevo y terrible, perdían los nervios, estaba la segunda línea de soldados más veteranos para detener al enemigo. Si éstos también cedían, intervenía la tercera línea, los soldados a quienes el fragor de la batalla, el silbido de las flechas, el choque de las espadas y los gritos de los heridos y moribundos eran sonidos tan familiares como los de una calle concurrida.

Esos eran los hombres que se mantendrían y morirían luchando sin retroceder ni huir. Los soldados de esa última línea eran llamados “veteranos”, de la palabra latina “vetus”, que quiere decir “viejo”, “experimentado”.

Cuando los romanos atacaban empezaban lanzando las largas lanzas hasta que se rompía la línea del enemigo, luego cargaban y usaban la espada corta con letal habilidad en la lucha cuerpo a cuerpo.

El ejército romano estaba dividido en legiones o regimientos, cada una de unos cinco mil hombres. A la cabeza de cada legión estaba el portador del estandarte —no tenían banderas— con un águila de bronce en el extremo y las orgullosas letras ‘SPQR.’

Todo romano de 17 a 45 años, ya fuera patricio o plebeyo, tenía que servir como legionario, como soldado, cada vez que era reclamado por el Senado.

A veces el Senado requería muchos soldados, a veces, sólo unas pocas legiones, pero todo romano tenía que estar listo para ir a la guerra por Roma.

Y desde el período en que Horacio mantuvo a raya a los etruscos frente al puente de Roma no cesó de luchar para incrementar sus dominios.

Italia estaba constituida por muchos pequeños Estados y los romanos lo conquistaron uno tras otro, hasta que toda la península se halló bajo el gobierno de Roma.

En el extremo sur, los romanos se toparon con las ciudades que habían sido fundadas por los griegos que se habían establecido en Italia, una región conocida como Magna Grecia.

Nápoles era una de esas ciudades. Esas colonias griegas eran ciudades de mercaderes, prósperas y florecientes, cuyos barcos surcaban los mares y transportaban bienes de un país a otro.

El provecho de ese comercio marítimo había enriquecido esas ciudades griegas.

Los romanos conquistaron las ciudades griegas de Italia igual como hicieron con el resto del país, pero miraban con admiración las obras de arte de esos griegos, en los templos y estatuas, admiraban a los hombres sabios por su sabiduría y conocimiento.

Aprendieron de ellos todo cuanto pudieron y los imitaron. E igual como antes habían aprendido de los etruscos, ahora aprendían de los griegos.

En sus inicios, los romanos habían sido sobre todo campesinos, y conocían muy poco del comercio, e incluso el manejo del dinero, que aprendieron de los etruscos.

Pero ahora aprendieron de las ciudades griegas en Italia los beneficios que podía reportar el comercio marítimo, el enviar barcos que compraban bienes en un puerto y los vendían a un precio mayor en otro. Pronto los barcos romanos surcaron los mares llevando a Roma riquezas y tesoros. Esta veloz expansión de Roma en el comercio marítimo la llevó a enfrentarse al peor enemigo que jamás había encontrado.

Y ese enemigo era una ciudad más antigua que Roma y tan poderosa como ella, una ciudad que también se había enriquecido por el comercio marítimo, y no toleraba la competencia de Roma.

Esa pequeña ciudad en el norte del norte de África se llamaba Cartago.

CARTAGO <https://ideaswaldorf.com/4-cartago/>

El mar que rodea Italia es un gran mar rodeado por tierra. Los romanos lo llamaban el mar “*en medio de la tierra*”, el “*medi terra*”, y hoy lo llamamos mar *Mediterráneo*. Desde los tiempos más antiguos ese mar fue una enorme vía de comunicación, en la que los barcos a vela transportaban bienes y personas, así como también conocimientos.

Los egipcios y los griegos habían navegado las aguas azules del Mediterráneo para el comercio y la conquista. Pero los marinos más intrépidos y los comerciantes más astutos eran los fenicios. Fueron los fenicios los que simplificaron la escritura desarrollando el alfabeto que, a su vez, fue adoptado y transformado por los griegos. Los fenicios tenían su patria en la costa oriental del Mediterráneo, donde hoy se encuentra el Líbano, al norte de Tierra Santa.

A medida que sus barcos navegaron por todo el Mediterráneo fueron fundando ciudades allí donde hubiera buen comercio.

Cartago era su ciudad más grande, situada en la costa norte de África, al lado de la actual ciudad de Túnez, justo al frente de Italia. En pocos siglos, Cartago se había convertido en una ciudad de riqueza y poder. La casa de cada mercader cartaginés era como un palacio construido con mármol y maderas exóticas, inmensos jardines; una multitud de esclavos cuidaban de las haciendas y sus posesiones.

Los templos de Cartago brillaban con el oro, pero los dioses venerados en estos templos no eran los dioses de Grecia. Los dioses de Cartago eran crueles y recibían sacrificios humanos.

Los mercaderes de Cartago eran ricos y poderosos con sus tesoros de oro y piedras preciosas en sus depósitos. Y eran tan ricos que incluso no luchaban en sus propias guerras, sino que pagaban a otros para que lucharan en las batallas por ellos. Y pagaban tan bien que griegos, egipcios, persas y africanos servían como soldados en la gran ciudad de Cartago.

Sólo los generales y los oficiales de más alto rango eran cartagineses. Todos los soldados eran extranjeros que servían y luchaban por el dinero que se les pagaba, eran mercenarios.

Ahora bien, a los mercaderes de Cartago no les gustaba que los barcos de Roma se multiplicaran por el Mediterráneo y que les quitaran parte de su comercio. Tampoco les gustaba tener a un vecino tan poderoso como Roma justo a la otra orilla del Mediterráneo.

Los cartagineses empezaron a pensar que era hora de detener a esos intrusos romanos, y, por su parte, los romanos consideraban que iba siendo tiempo de terminar con competencia de la ciudad de Cartago y adueñarse del Mediterráneo. Y así empezó la guerra entre Roma y Cartago, guerra que se luchaba en tierra y en mar. Pero nadie acababa de ganarla, y en los momentos que había paz, se temían mutuamente.

Aníbal era el más grande de los generales cartagineses. Desde su infancia sólo tenía un objetivo en mente: conquistar Roma.

Era todavía niño cuando su padre **Amílcar**, un gran general de Cartago, lo llevó a un templo del dios cartaginés Baal y le dijo:

—“Hijo mío, quiero que jures ante la estatua de Baal, nuestro dios supremo, que toda tu vida, pase lo que pase, odiarás a Roma y a los romanos, y que lucharás contra ellos mientras vivas”.

Y el niño, de sólo nueve años en aquel entonces, levantó su brazo derecho y gritó:

—“¡Juro por los dioses de Cartago que, mientras viva, odiaré y lucharé contra Roma y los romanos!”

Desde ese día Aníbal fue allí donde fuera su padre con los soldados de Cartago. Se sentaba con los soldados de su padre en el fuego de campaña por la noche, los ayudaba a afilar sus espadas y a pulir sus armaduras. Escuchaba con avidez lo que contaban cuando regresaban de alguna batalla hablando de las furiosas luchas y de los enemigos que habían matado. Escuchaba con avidez cuando su padre y otros oficiales hacían planes para la siguiente batalla.

A los mercenarios, los soldados pagados por Cartago, les gustaba el valiente muchacho. Le dejaban manipular sus armas y montar en sus caballos, y le enseñaron habilidades con la espada y la lanza. De modo que Aníbal creció entre soldados y esperaba el momento en que él mismo pudiera ser un soldado y un líder.

Cuando el padre de Aníbal murió en la batalla, se incrementó su deseo de convertirse en un gran general como su padre. Finalmente se convirtió en el comandante en jefe, el general supremo de Cartago. Hasta ese momento, los cartagineses habían realizado sus ataques contra los romanos llevando a sus soldados en las naves, desembarcando en la costa italiana, e intentando abrirse paso hacia Roma, pero siempre habían sido rechazados.

Un día, Aníbal, que comandaba el poder militar de Cartago, tuvo un sueño. Y eso muestra que la gente de Cartago todavía tenía una sabiduría basada en los sueños y todavía no habían aprendido a pensar como lo hacían los griegos. En su sueño vio el Mediterráneo y los países a su alrededor desde arriba, como hoy lo vemos en un mapa. Y Aníbal vio un dragón de fuego que salía de Cartago, se arrastraba por la costa norte de África, entraba en la región que entonces se llamaba Iberia, la actual España, de allí se arrastraba hasta la Galia, la actual Francia, giraba al sur y llegaba ante unas altísimas montañas, los Alpes. Pero el dragón no se detenía, se deslizaba por las montañas y las cruzaba, acabando en el otro lado, en Italia, la tierra de los romanos. Y desde allí se arrastraba echando fuego por la boca e incendiando las ciudades romanas una tras otra.

Y Aníbal despertó, y comprendió que el dragón que había visto en su sueño iba a ser su propio ejército, y que tendría que invadir Italia haciendo marchar sus tropas por Iberia y la Galia, atravesando los Alpes y llegando así a Italia desde el norte, no desde el sur, por mar, como había sido habitual.

Aníbal cruza los Alpes

Los fenicios eran navegantes intrépidos y comerciantes inteligentes. Así, por ejemplo, el estaño es un metal muy útil que mezclado con cobre crea una aleación que llamamos bronce, que podía ser moldeada para hacer cascos, escudos y corazas. Es muy duro y tiene un bello color casi dorado. El cobre era extraído en las minas de la isla de Chipre en el Mediterráneo oriental, de modo que los habitantes de las ciudades que bordeaban el Mediterráneo no tenían que ir muy lejos para conseguir cobre. Pero el estaño era más escaso, sólo podía encontrarse un poco en alguna montaña aquí o allá.

Pero los fenicios encontraron una isla habitada por gente salvaje lejos, en el norte. En las colinas de esa isla se podía encontrar estaño en grandes cantidades. Los nativos apenas iban vestidos con pieles de animal, así que los fenicios les ofrecían tejido rojo y lino blanco a cambio del estaño, y regresaban con sus naves cargadas del preciado metal, que luego vendían a buen precio a los griegos, egipcios y persas.

Esa isla en el norte era Britania, y el estaño procedía de las minas de Cornualles. Cartago era una ciudad fenicia cuyos barcos surcaban los mares y sus mercaderes podían pagar mercenarios extranjeros para luchar en sus ejércitos.

Los cartagineses carecían de preocupaciones, pero cuando las naves romanas empezaron a navegar a Egipto, Grecia e Iberia, y les quitaron mercados donde comerciar, decidieron que había que detenerlos.

Y los romanos, por su parte, querían tener todo el comercio del mar Mediterráneo para ellos solos.

Las guerras —hubo tres guerras entre Roma y Cartago—, fueron guerras por el comercio y el provecho económico. Los romanos las llamaron las Guerras Púnicas, “*punicus*” era la palabra latina para fenicio—.

La primera de las guerras púnicas (264 a. de C.- 241 a. de C.) no fue decisiva. Los cartagineses no pudieron transportar en sus naves un ejército lo suficientemente grande para conquistar Italia, y los romanos tampoco pudieron llegar hasta África para conquistar Cartago. Sin embargo, Cartago perdió Sicilia y más tarde los romanos se apoderaron también de Córcega, Cerdeña y Malta. Esta fue la primera expansión de Roma fuera de sus fronteras italianas.

Para resarcirse, los cartagineses se concentraron en la invasión de la península ibérica. Fundaron colonias en Ebusus, la actual Ibiza, y Mahón) ambas en las islas Baleares, y se fueron expandiendo por la península.

Amilcar fundó Aleuke, la actual Alicante, y su sucesor **Asdrúbal** fundó luego su principal ciudad ibérica Quart Hadasht o Cartago Nova, la actual Cartagena, puerto estratégico que serviría de base de operaciones.

En el 241 a.d.C. Cartago firmó un tratado de paz con Roma y se estableció como frontera entre ambas potencias el río Íber, el actual Ebro, del que los griegos extrajeron el nombre para denominar a la península ibérica.

La Segunda Guerra Púnica (218 aC-20 aC) empieza cuando Aníbal, en un asedio de ochos meses, asalta, saquea y masaca a los habitantes de la ciudad de Sagunto, colonia griega que estaba dentro del territorio ibérico cartaginés, pero que tenía un tratado de protección por parte de Roma. Y a partir de ahí se reanudaron las hostilidades.

Aníbal, que de niño había jurado luchar contra los romanos mientras viviera, había concebido en sueños que la mejor manera de destruir a los romanos era penetrando en Italia desde el norte.

A los romanos nunca se les ocurrió que sus enemigos del sur pudieran venir desde el norte, porque por allí estaban protegidos por una poderosa muralla montañosa, los Alpes. Las cimas de esas montañas estaban cubiertas de nieve, hielo y glaciares incluso en verano. Para un simple viajero ya era muy difícil abrirse paso por las empinadas laderas montañosas, pues no había caminos y los valles estaban habitados por **tribus montaraces** muy belicosas que echaban piedras y gigantescas rocas a cualquier intruso que se atreviese a pasar por su tierra. Pero Aníbal congregó un inmenso ejército de mercenarios de todas partes del mundo: cien mil infantes y doce mil de caballería; había hábiles espadachines de Grecia, ingeniosos arqueros persas, honderos baleáricos que lanzaban piedras con honda con una puntería y fuerza que eran capaces de abollar las corazas y los cascos; había hombres que conducían carros con largas cuchillas curvadas en las ruedas que podían cortar a cualquiera que se pusiera en el camino. Y había 40 elefantes entrenados para la guerra, que podían utilizar sus trompas para estrangular a los enemigos, sus enormes patas para aplastar cualquier cosa y que podían llevar torretas sobre sus lomos donde iban colocados arqueros.

Con este poderoso ejército y sus elefantes Aníbal se puso en marcha, siguiendo el camino que el dragón le había mostrado en su sueño. Viajando a lo largo de la costa de África llegaron a Iberia, España, conquistaron las ciudades más al norte del Ebro, luego cruzaron los Pirineos y llegaron a la Galia, Francia.

Los nativos eran gentes celtas que odiaban a los romanos, y estaban dispuestos a ayudar a Aníbal y a su ejército a atravesar la Galia. Y de ese modo, el ejército de Aníbal llegó al pie de los Alpes. El año estaba ya muy avanzado, ya estaba cerca el invierno y empezaba a caer la nieve. La mayoría de los soldados de Aníbal procedían de países cálidos y soleados que nunca antes habían visto ni nieve ni montañas tan terriblemente altas. Incluso los soldados de Aníbal más curtidos miraban con temor y respeto aquellas elevaciones montañosas y sus blancas cúspides nevadas. Pero confiaban en Aníbal, su líder, un hombre que había crecido entre ellos y que compartiría cualquier penuria con ellos.

Y así empezó el ascenso. Tenían que abrirse paso por senderos estrechos en los que, a veces, había espacio sólo para un hombre o un animal.

Todo el ejército se alargó en una sola fila ascendiendo paulatinamente, jadeando y sudando, incluso en el aire gélido. A un lado de esos estrechos senderos se erguían altísimas paredes rocosas y al otro se abrían precipicios tan profundos que los hombres no se atrevían a mirar hacia abajo, y los senderos ya estaban resbaladizos por la nieve. Los caballos, y, especialmente, los elefantes, no estaban acostumbrados a ese tipo de caminos. De modo que, de vez en cuando, un caballo o un elefante resbalaba y caía por el precipicio, arrastrando a algunos hombres consigo. Los demás no podían hacer otra cosa que observar horrorizados e impotentes cómo sus amigos o los animales se estrellaban en el fondo. El aire se hacía escaso y tan frío que parecía cortar como un cuchillo.

En el momento en que alguien se detenía para tomar aire y descansar un poco, empezaba a temblar y tiritar de frío.

Había soldados tan agotados y desanimados por la tensión y el terrible frío que, en lugar de seguir adelante, preferían dejarse llevar y caer por los precipicios. Pero era el espíritu valiente de Aníbal que les permitía proseguir. Parecía estar por todas partes: *“aquí hablaba como un viejo amigo a un hombre que tiritaba de frío, allá ayudaba a otro hombre exhausto a superar una roca, y más allá calmaba a un caballo aterrorizado por una piedra que acababa de caer”*.

Y así el gran ejército fue ascendiendo. Y agregado a esas dificultades, las tribus salvajes de las montañas les tendían emboscadas de vez en cuando, echándoles grandes rocas desde arriba. Aníbal congregó a sus hombres más fuertes y logró hacerlas huir. Los descendientes de esas tribus montaraces son los actuales suizos.

Finalmente, el ejército alcanzó la cumbre de su ascenso y desde allí se veían las llanuras de Italia, extendiéndose abajo.

Aníbal exclamó:

—“¡Mirad, soldados, ahí al frente se halla Italia con todas sus riquezas!” ¡Y todas esas riquezas serán vuestras!”

Pero pronto descubrieron que, aunque el camino hacia abajo era más corto, era más abrupto que el de subida. Ahora todo estaba cubierto de nieve. Un soldado podía pisar en falso y hundirse desapareciendo para siempre: caídas, avalanchas, y congelaciones.

El ejército de Aníbal alcanzó finalmente el valle, dejando atrás las terribles alturas de los Alpes, tardando sólo diez días para atravesarlos, pero quedaban sólo treinta mil hombres y veinte elefantes. Los hombres estaban exhaustos y sufrían de congelamiento.

¡Y dos días después tenían que entrar en combate con un ejército romano!

Nadie, excepto Aníbal, hubiera sido capaz de animar a estos hombres agotados a recuperarse de los terrores de la travesía, y enfrentarse en la batalla a un ejército romano descansado y fresco, y que estaba dispuesto a destruir a esos insolentes invasores.

¡Aníbal ante portas!

Mientras Aníbal marchaba lentamente por Iberia, los romanos no se habían quedado dormidos. Enviaron una flota con sus soldados a Iberia para detener a Aníbal, pero llegaron demasiado tarde.

Aníbal ya estaba en la Galia. Y cuando los romanos se enteraron que Aníbal pretendía entrar en Italia atravesando los Alpes pensaron que se había vuelto loco. Sus tropas estarían tan debilitadas al acabar el viaje que destruirlas sería cosa de niños. De modo que el ejército romano volvió a Italia y se mantuvo en el norte, al pie de los Alpes, a la espera del ejército de Aníbal.

Estaban descansados y entrenándose mientras las tropas de Aníbal luchaban por atravesar los glaciares y las nieves. Sólo dos días después de atravesar los Alpes, los hombres de Aníbal – exhaustos, sufriendo de congelamiento –, tuvieron que enfrentarse a los soldados romanos, que les doblaban en número y que estaban descansados y con ganas de luchar.

Había sesenta mil romanos contra treinta mil soldados de Cartago.

El general de los romanos, **Escipión** les había dicho a sus soldados que la lucha contra los agotados invasores sería cosa fácil y se lanzaron a la batalla, convencidos de que el enemigo no ofrecería demasiada resistencia. Pero los hombres de Aníbal se repusieron y cobraron fuerza por el ejemplo y las palabras de su general y lucharon como leones.

Los romanos se quedaron sorprendidos por la furia belicosa de sus enemigos y estaban aterrorizados por los elefantes. Empezaron a flaquear, a retroceder, y acabaron huyendo.

¡Aníbal había ganado su primera batalla!

Poco después, una segunda batalla tuvo el mismo resultado. Todo el norte de Italia estaba abierto e inermes ante Aníbal. Las ciudades y los pueblos simplemente se rindieron.

En Roma, la capital, la gente no podía creer el anuncio que se hizo en el foro de que Aníbal, ese terrible invasor, había derrotado dos veces a los ejércitos romanos. Había que detenerlo, porque Roma misma estaba en peligro. Así que se congregó un enorme ejército romano, los campesinos habían de dejar sus campos, los artesanos sus tiendas, los patricios sus villas.

Roma estaba en peligro y todo hombre romano que estuviera sano tenía que acudir a la defensa de su ciudad. Un gigantesco ejército romano de cien mil hombres, bajo el mando del cónsul **Flaminio**, se puso en marcha hacia el norte para enfrentarse a Aníbal.

Flaminio era un comerciante rico con escaso conocimiento de la guerra, mientras que Aníbal era el más grande general antes de **Alejandro Magno**. <https://ideaswaldorf.com/alejandro/> Con sus treinta mil hombres, Aníbal tendió una emboscada a los romanos cerca de un lugar llamado Cannas, donde el camino pasaba entre una colina y un lago. Los hombres de Aníbal estaban al acecho en las laderas de las colinas, y cuando todo el ejército romano estaba dentro de la trampa, se precipitaron contra él como una avalancha. Una repentina lluvia de lanzas, dardos y piedras de las ondas se precipitó sobre los romanos, matando a cientos y creando terror y confusión entre los demás.

Luego, los soldados de Aníbal descendieron cargando sobre los romanos, con sus caras medio ocultas por los cascos con visores, con las piernas protegidas con **grebas** de bronce, los escudos que les llegaban a las rodillas, toda la tropa moviéndose como un solo hombre, escudo pegado a escudo. A ambos lados de esos soldados de infantería había jinetes de caballería apuntando con sus lanzas. Y detrás de la primera oleada de atacantes

iban los elefantes, con sus trompas pintadas de rojo que les hacían parecer serpientes contorsionándose, con el pecho armado con lanzas y sus colmillos con cuchillas de acero.

Los elefantes habían sido intoxicados con una mezcla de pimienta y vino, y **barritaban** salvajemente. Entre los romanos se produjo una confusión completa. Se levantaron nubes de polvo que les impedían ver. El estrépito era terrible, a las voces de los capitanes, el estruendo de los toques a **rebato** y los gritos de los heridos, se les añadía el choque de las espadas y el silbido de las flechas y las piedras.

Rodeados por todas partes, cercados por sus propios hombres, confusos y aterrorizados, los romanos fueron masacrados como ganado, cercenados por las espadas, aplastados por los elefantes. Muchos fueron empujados hacia el lago y se ahogaron por el peso de sus armaduras.

Sólo una cuarta parte del ejército romano logró escapar; los otros, incluyendo el cónsul, murieron en Cannas. Fue el peor desastre que pudiera haberles pasado a los orgullosos romanos. En toda su historia, nunca sería olvidada la batalla de Cannas.

Cuando llegó al foro la noticia de la derrota, entre la gente emergió un grito:

—“¡Aníbal ante portas!” ¡Aníbal está a las puertas de la ciudad!

Mucha gente empezó a prepararse para huir. Pero Fabio, uno de los senadores, les arengó:

—¡Romanos, no olvidéis que perder una batalla no es perder la guerra! Nuestro segundo cónsul, Varro, tiene suficientes soldados para defender nuestra ciudad cuando llegue Aníbal. Si nos mantenemos unidos en este momento de prueba llegaremos a vencer a los invasores africanos”.

Y, al final persuadió, a los romanos de no abandonar la lucha. Pero Aníbal no tenía prisa alguna para atacar Roma. Aunque sus propios oficiales le urgieron a que marchara sobre la ciudad, él los rechazó, diciendo:

—“Mis soldados han hecho maravillas, han ganado todas las batallas, pero no estamos lo suficientemente fuertes para tomar la ciudad de Roma. Está acercándose el invierno, y en la primavera los hombres estarán descansados y más soldados de Cartago se unirán a nosotros. Entonces tomaremos Roma. Pero ahora, durante el invierno, quiero llevar a todo el ejército a una ciudad placentera en el cálido sur de Italia donde tendrán un merecido descanso”.

De modo que, durante todo el invierno, los soldados de Aníbal disfrutaron de una vida de placer en Capua, un lugar agradable y soleado. Se dedicaron a hacer fiestas, a comer y a beber, eran servidos por esclavos y vivieron una vida de placer y confort.

Mientras los soldados de Aníbal se volvían blandos y perezosos bajo el cielo azul y el aire perfumado de flores de Capua, los romanos se entrenaban, trabajaban y planeaban las batallas que tendrían que luchar en la primavera siguiente.

La destrucción de Cartago

Cuando los soldados de Aníbal habían descendido de las alturas heladas de los Alpes estaban exhaustos y agotados, pero a pesar de ello habían derrotado en dos batallas a los romanos, muy superiores en número. Ahora, durante meses, habían disfrutado de un merecido descanso y placer en la soleada Capua. Pero la vida fácil de Capua los había hecho blandos y perezosos, y ya no tenían el buen espíritu para largas marchas y la ardua lucha. Los romanos, sin embargo, habían hecho buen uso de los meses de invierno: habían formado nuevas legiones, incluso jóvenes de 14 y 15 años habían sido hechos soldados, se habían entrenado duramente y estaban en el espíritu adecuado para luchar.

Los romanos eran dirigidos por **Fabio** que había arengado a la multitud de Roma cuando ya estaban desesperados.

Aníbal comprendió que los soldados que tenía consigo no podían marchar sobre Roma. Esperaba que, por mar, le llegara otro ejército de Cartago para unirse a sus fuerzas. Y ese ejército llegó, liderado por su hermano

Asdrúbal, pero los romanos atacaron al nuevo ejército antes de que pudiera unirse al de Aníbal, y en esa ocasión fueron los romanos los que obtuvieron la victoria. El hermano de Aníbal y miles de sus soldados murieron en la batalla, y otros miles fueron hechos prisioneros. Sin nuevas tropas para ayudarlo, Aníbal no podía hacer nada. De modo que durante un tiempo no se produjo ninguna gran batalla en territorio italiano, porque los romanos estaban satisfechos con dejar a Aníbal arrinconado en una pequeña región del sur de Italia; había dejado de ser un peligro para ellos. Y Aníbal, por su parte, no podía arriesgarse a una gran batalla con los romanos.

En esa época los romanos decían: "*Capua fue la Cannas de Aníbal*" Mientras tanto, los ejércitos romanos estaban ocupados en otras zonas.

Conquistaron la mayor parte de Iberia, las actuales España y Portugal, y enviaron una flota al norte de África. Habían organizado un gran ejército que marchó sobre Cartago. Esa fue una decisión muy inteligente por parte de los romanos, porque Aníbal no podía permanecer en Italia cuando Cartago, su propia ciudad, estaba en peligro. Los ancianos de Cartago le pidieron que regresara. Y de ese modo Aníbal y sus soldados abandonaron Italia y se embarcaron hacia África.

Fue un día muy triste para Aníbal, que veía cómo se alejaba la costa de Italia. Había llegado a ella con la esperanza de derrotar a la orgullosa Roma, pero la esperanza se había desvanecido. Una vez en África, Aníbal condujo un imponente ejército contra los romanos. Además de sus veteranos —los soldados que habían cruzado los Alpes con él—, tenía mercenarios que estaban orgullosos de luchar bajo el mando del gran general, e hizo participar a todos los cartagineses en la defensa de su país.

¡Y volvía a tener un gran número de elefantes! Pero los romanos aprendían rápido. Y descubrieron que los sonidos muy agudos irritaban a los elefantes. En esa batalla, el cónsul romano, **Escipión** —el hijo del Escipión que había perdido la primera batalla contra Aníbal en Italia—, dio la orden de que sonaran gran cantidad de clarines y trompetas. Se produjo un ruido tan ensordecedor que asustó de tal manera a los elefantes que al querer huir empezaron a aplastar a los propios cartagineses. Se produjo una confusión tan enorme que los mercenarios y los cartagineses empezaron a luchar entre sí. Luego los romanos se precipitaron sobre sus confundidos enemigos y los mataron por miles, mientras el resto de los defensores huía.

El propio Aníbal huyó. El día de la batalla de Zama fue un día muy triste para él, pues había sido vencido por los odiados romanos.

Después de esa terrible derrota de Zama, los cartagineses solicitaron la paz a los romanos.

Cartago había quedado tan debilitada por las guerras que dejaba de ser un peligro para Roma. Iberia se hallaba en manos romanas y ningún ejército podría invadir ahora Italia. De modo que firmaron la paz. Los romanos querían que se les entregase a Aníbal, porque todavía le temían. Pero Aníbal había huido de Cartago antes de que pudieran capturarlo.

Aníbal se convirtió entonces en mercenario, soldado que serviría a cualquier rey que le pagara. Naturalmente, no podía ser un soldado común, sino un líder. Fue a Grecia y se hizo general de un rey de allí, pero los romanos demandaron al rey que les entregara a Aníbal. Éste se enteró a tiempo, y pudo huir y se refugió con otro rey griego, **Prusias**.

Pero los romanos volvieron a reclamarlo. En esa época todas las ciudades y gobernantes de Grecia temían el poder de Roma y Aníbal sabía que nadie iba a arriesgarse a entablar guerra con Roma a causa suya. Pero Aníbal —el orgulloso vencedor de Cannas, el hombre ante el que Roma había temblado y gritado atemorizada al decir “Aníbal está ante nuestras puertas”— no iba a darle a los romanos el placer de verlo desfilar encadenado por las calles de Roma, con la muchedumbre insultándolo, burlándose y apedreándolo antes de ser ejecutado. De modo que le dijo al rey Prusias:

—“Sé que no puedes rehusar entregarme a los romanos. Pero los romanos no van a disfrutar viéndome como su prisionero. Tengo un anillo que contiene un veneno mortal, y prefiero morir por ese veneno que por la espada de los romanos. Moriré con ese veneno, y conmigo morirá la esperanza de mi querida patria, Cartago. Cartago está sentenciada, como lo estoy yo”.

Y tras decir esas palabras, se puso el anillo en la boca, sorbió y cayó muerto. Esa fue la muerte de uno de los más grandes generales de todos los tiempos. Y lo que dijo sobre Cartago se convirtió en realidad. Porque cuando en tiempo de paz Cartago volvió a enriquecerse, los romanos no soportaron que floreciera su derrotado enemigo y que volviera a crecer el poderío militar cartaginés. Al crecer de nuevo su riqueza, los cartagineses volvieron a rearmarse.

Alarmados por este rebrote de militarismo cartaginés, y temiendo el resurgir del mayor promotor de la causa contra Roma, muchos romanos abogaron por su destrucción completa a modo preventivo.

Después de uno de sus viajes a Cartago, **Catón el Viejo** a quien también disgustaban las muestras públicas de opulencia que se hacían en la ciudad, y ser testigo del resurgir del viejo enemigo, solía acabar todos sus discursos en el Senado, sin importar cual fuera el tema, con la frase: “*Ceterum censeo Carthaginem esse delendam.*” Es decir: “Es más, creo que Cartago debe ser destruida”.

Durante el año 149 aC, Roma realizó una serie de reclamaciones, a cuál más exigente, con la clara intención de empujar a Cartago a una guerra abierta, proporcionando un **casus belli** que esgrimir ante el resto del mundo antiguo. Tras exigir la entrega de 300 hijos de la nobleza cartaginesa como rehenes, se demandó que la ciudad fuera demolida y trasladada a otro punto más hacia el interior de África, lejos de la costa. Esa fue la gota que colmó el vaso de la paciencia cartaginesa. Se negaron a aceptar tal demanda, y Roma declaró el inicio de la Tercera Guerra Púnica (149 aC-146 a.d.C.).

La población de Cartago, que hasta el momento había confiado principalmente en el uso de mercenarios, tuvo que tomar una parte mucho más activa en la defensa de la ciudad. Se fabricaron miles de armas improvisadas en un corto tiempo, incluso se llegó a emplear pelo de las mujeres cartaginesas para trenzar cuerdas de catapulta, con lo que se logró rechazar el ataque inicial romano.

Una segunda ofensiva, liderada por **Publio Cornelio Escipión Emiliano** acabó tras un asedio de tres años de duración en el que finalmente los romanos lograron romper las murallas de la ciudad, la saquearon, y procedieron a quemarla por completo hasta sus cimientos. Sus habitantes fueron hechos prisioneros y vendidos como esclavos.

Los ricos mercaderes de Cartago, que habían sido servidos por centenares de esclavos, se convirtieron en esclavos ellos mismos. Luego se pasó el arado por todo el terreno y se le echó sal, con la intención de que no creciera nada en el lugar donde había estado Cartago.

Cartago dejó de existir hasta que Julio César Augusto la reconstruyó como colonia para veteranos, un siglo más tarde. Ahora sólo Roma era la dueña de todo el Mediterráneo.

Ya no había país que rodeara ese mar que pudiera enfrentarse a Roma, y con el tiempo la misma Grecia se convirtió en provincia romana.

LA CASA DE UN PATRICIO Y UN PLEBEYO <https://ideaswaldorf.com/5-la-casa-de-un-patricio-y-un-plebeyo/>

Una vez que Cartago hubo sido destruida completamente, ya no había país en la costa mediterránea suficientemente fuerte para luchar contra Roma. Cerca de quinientos años después de que Rómulo aró un surco para delimitar su ciudad, no sólo Italia, sino también Iberia, Grecia, Cartago y la costa de África del Norte frente a Grecia, habían caído bajo el dominio romano. Todas estas conquistas cambiaron la vida en Roma.

Del tributo de las tierras conquistadas y del comercio de los mercaderes romanos, la riqueza iba llenando las arcas de Roma.

De Grecia, los romanos tomaron las más hermosas estatuas y pinturas y se las llevaron a Roma para adornar en foro y los edificios públicos. No había patricio que no tuviera alguna gran obra de arte griego en su casa.

Los maestros, doctores y artistas griegos eran muy admirados en Roma, y gustosamente se trasladaban a la opulenta ciudad donde los romanos aprendían ávidamente de ellos. En realidad, podría decirse: la espada romana conquistó Grecia, pero el conocimiento y el arte de Grecia conquistaron Roma.

Cuando un escritor romano escribía un poema tenía que ser una imitación del verso griego.

No todos los romanos se habían enriquecido con esas guerras y conquistas. La mayoría de los plebeyos habían perdido lo poco que tenían. Un campesino plebeyo que tenía una pequeña parcela era llamado para engrosar el ejército y dejaba su tierra durante años. Su esposa y sus hijos no podían trabajar la Tierra, de modo que acababan vendiéndosela a un rico patricio, y de ese modo podían vivir del dinero pero que una vez que se acababa, los dejaba sin nada de nada. Mientras tanto, los patricios compraban esclavos.

Los esclavos eran baratos, ya que todos los prisioneros tomados en las guerras eran vendidos como esclavos, y había muchos. Los esclavos, entonces, trabajaban la tierra. Y cuando el plebeyo regresaba de las guerras, su granja ya no existía, y ni siquiera había trabajado en los campos para él, con lo que él y su familia tenían que pasar hambre y mendigar por las calles de Roma. O tenían que vender a sus hijos como esclavos, pues no tenían ninguna otra cosa que vender. De modo que los plebeyos no habían ganado nada por las guerras, al contrario, estaban mucho peor que antes.

Los patricios se habían hecho más ricos y los plebeyos más pobres. En la Roma de esa época —unos 150 años antes de Cristo— vivía una noble mujer, una patricia llamada **Cornelia** de la familia de lo Graco.

Era viuda y su preocupación principal era educar a sus dos hijos, **Tiberio Graco** y **Cayo Graco**.

Ella y sus hijos vivían en una bella casa, como muchas familias romanas adineradas. Esa casa era muy distinta de las que podemos ver hoy. La casa de Cornelia no tenía jardín ni delante ni detrás, sino que estaba construida como un cuadrado con un jardín o un gran patio en el centro. La parte frontal de la casa, que daba a la calle, no tenía habitaciones. Estaba reservada para los comerciantes y sus tiendas. Y la entrada estaba entre los comercios. Al entrar se desembocaba en el jardín con césped verde, flores, dos o tres fuentes con surtidores, y varias estatuas de mármol. A izquierda y derecha del jardín estaban las habitaciones de los muchos esclavos de Cornelia.

Eran esclavos felices, pues en ninguna otra parte de Roma se trataba tan bien a los esclavos y con tanta amabilidad como en la casa de Cornelia.

Atravesando el jardín se llegaba a la parte mayor y más importante de la casa. Al entrar en ella desde el jardín uno se encontraba con una enorme sala llamada atrio —todas las casas de los ricos tenían un atrio así—, y las paredes del atrio estaban pintadas con bellos colores. En el centro del atrio había una gran piscina o estanque donde se acumulaba el agua de la lluvia que caía por un agujero en el techo. Éste estaba construido especialmente para capturar el agua y hacer que se deslizara hacia dentro hasta esa abertura, no hacia afuera, como suele ser el caso entre nosotros hoy en día.

Al vivir en un clima cálido, a los romanos les gustaba ver cómo la lluvia caía en el estanque del atrio. En éste, Cornelia, la dueña de la casa, se acercaría y nos daría la bienvenida. Y luego nos llevaría a una parte del atrio envuelta en cortinas del techo hasta el suelo, el lugar donde se comía.

Un esclavo mantendría levantada la cortina para dejar entrar a los invitados al **refectorio**. Ese refectorio era muy diferente a cualquier comedor que podamos tener en nuestras casas. Había una enorme mesa, pero no había sillas. En lugar de sillas, a tres de los cuatro lados de la mesa había largos divanes, **los triclinios**. Y el cuarto lado de la mesa quedaba libre, de modo que uno no se sentaba para comer, sino que se reclinaba sobre el costado izquierdo, se apoyaba en el brazo izquierdo y se usaba la mano derecha para alcanzar los alimentos. y por el lado libre de la mesa iban y venían los esclavos que servían la comida y retiraban los platos vacíos.

No había cucharas, cuchillos ni tenedores, en la comida romana no había sopa. La carne era cortada en pedazos pequeños por los esclavos y cada comensal tomaba los pedazos con la mano. Después pasaba un esclavo con un recipiente de agua y una toalla para que cada uno se lavara y secase las manos. Otro esclavo mezclaba el vino con agua — los romanos y griegos nunca bebían vino sin mezclarlo con agua— y llenaba las copas. Antes de tomar el primer sorbo uno tocaba el vino con los dedos y salpicaba el suelo con unas cuantas gotas, era una especie de sacrificio a los dioses.

Nosotros habríamos encontrado la comida romana un poco pesada. Varios tipos de carne: ternera, cerdo, cordero, una tarta de carnes, pescado, pollo o pavo, y pan para acompañar, pero no había verduras de ningún tipo. Luego se tomaban algunos pasteles dulces, todos hechos con miel, y fruta. Naturalmente, no había ni **papas**, ni **té**, ni **café**.

Después de la comida, Cornelia podría habernos llevado a la sala de los niños, donde Tiberio y Cayo, sus dos hijos, eran educados por maestros griegos y romanos. Allí habríamos visto qué es lo que usaban los romanos para escribir.

El papiro era muy caro y sólo era usado para asuntos importantes. Si un romano quería enviar un mensaje corto a un amigo, por ejemplo, “¿Puedo ir a verte mañana por la tarde?”, usaba una tablilla de cera en un marco de madera, sobre la que escribía su mensaje en la cera con un **estilo** de metal acabado en punta en un extremo y en una superficie plana en el otro. Y con la punta del estilo rayaba el mensaje sobre la tablilla.

No había servicio postal, tenía que enviar a un esclavo con el mensaje a su amigo. El amigo, escribiría debajo del mensaje: “Sí, serás bienvenido”, y el esclavo regresaba con la tablilla a su dueño. Luego borraba todo el mensaje con la parte plana del estilo y de ese modo podía volver a escribir sobre la cera.

Los niños que practicaban la escritura del latín y del griego también usaban esas tablillas de cera, pues no existía el papel barato como sucede hoy en día.

Otra cosa interesante que podía verse en una “domus” —casa— romana era cómo se mantenían calientes en invierno sin estufas. El suelo en las salas de estar, el atrio y las habitaciones estaban contruidos encima de unos pilares.

Las viviendas de los plebeyos

La casa espaciosa y bella de la noble dama Cornelia se erguía sobre la pendiente de la colina donde antaño Remo había visto el vuelo de seis pájaros. Esa colina, una de las siete colinas de Roma, era llamada la colina Palatina, y todas las casas de la colina Palatina eran casas de patricios, de las familias ricas y nobles, con grandes patios, fuentes con surtidores y mármoles brillantes.

Las casas de los patricios eran tan bellas que los romanos llamaban palatina a cualquier casa bella que hubiera en el mundo y de ahí que llegara ese concepto a nosotros con el término “*palatium*”, “*palacio*” que significa “*casa digna de estar en la primera colina de Roma*”.

Pero Cornelia quería que sus dos muchachos supieran que había también otro tipo de casas en Roma, las casas donde vivían los pobres, los plebeyos. De modo que un día se los llevó de paseo. De esas brillantes villas romanas, mantenidas brillantes y limpias por los esclavos, bajaron desde la colina Palatina. Al pie de la colina llegaron primero al foro. Allí Cornelia les fue mostrando a sus hijos los numerosos templos con sus brillantes pilares y estatuas de los dioses y héroes, muchas de ellas traídas de Grecia. Les mostró **el rostrum**, la plataforma de piedra desde la cual los senadores, cónsules y otras personas importantes solían pronunciar sus discursos al pueblo, y les mostró el gran Senado donde se reunían los senadores, los ancianos patricios que gobernaban Roma.

Y Cornelia les dijo a los muchachos:

—“*En este Senado se crean las leyes de Roma y los romanos estamos muy orgullosos de nuestras leyes, de nuestra justicia*”. “*Nos jactamos ante los demás pueblos de la justicia romana y de los libros en los que están escritas sus reglas. Pero ahora les voy a mostrar algo que no es justo en absoluto, algo que a los orgullosos patricios tendría que avergonzarnos*”.

Dejaron el espléndido foro, y llegaron a una parte de Roma que no estaba en las colinas, sino entre ellas. Era un terreno húmedo, pantanoso, y sobre ese terreno insalubre se levantaban las casas de los plebeyos. Eran una especie de bloques de varios pisos.

La planta baja estaba construida con ladrillos de barro, pero los dos pisos por encima —no las había más altas— estaban hechos de madera.

Las habitaciones en esas casas eran pequeñas y el techo era tan bajo que apenas se podía uno mantener de pie en ellas.

Familias enteras, a veces con ocho o diez niños, vivían en una de esas habitaciones. Estaban sucias igual que la gente que vivía en ellas. Allí cocinaban, comían, dormían, todo en una misma habitación.

Las calles entre estas casas de los plebeyos eran tan estrechas que incluso el sol brillante de Italia no podía aportar demasiada luz a sus moradas. Las ventanas no eran meros agujeros en la pared y no tenían **vidrios**.

La gente en la calle llevaba togas tan sucias y andrajosas que parecían más bien bolsas. Y esas calles no estaban pavimentadas.

Con el tiempo seco uno caminaba con los tobillos enterrados en polvo. Y cuando llovía uno apenas podía moverse en el barro espeso. Los niños sucios corrían entre los adultos. Por las noches, esas calles eran tan oscuras como un pozo, pues no había iluminación

callejera y las habitaciones también permanecían en la oscuridad, porque la gente no podía permitirse el lujo de malgastar el aceite para sus lamparillas.

Podemos imaginarnos cómo se estremecieron esos dos muchachos procedentes de su bello hogar en la colina Palatina al presenciar ese tipo de vida.

Pero su madre Cornelia les dijo:

—*“Tendrán que saber que muchos de estas personas que ven en andrajos han luchado valientemente por Roma en Hispania, África, Grecia”.*

*“Ese mendigo a quien le falta el brazo, probablemente lo perdió en la **Batalla de Zama**”.*

“¿Ven ahora cómo Roma, la ciudad de la justicia, está llena de cruel injusticia?”

En otra ocasión Cornelia se llevó a los niños al campo, a los grandes terrenos y granjas a las afueras de Roma.

Y en las granjas, de las que eran propietarios unas cuantas familias patricias, pudieron ver a cientos de esclavos —algunos con cadenas en los pies para evitar su huida— trabajando en los campos.

Entre ellos había capataces con látigos que podían azotar a cualquiera que no trabajara bien o con la suficiente celeridad.

Cuando los dos muchachos vieron eso, le dijeron a su madre:

—*“¿Pero no es justo que los patricios ricos sean dueños de toda la tierra y la trabajen con esclavos? Los pobres, los soldados que han luchado por Roma, no tendrían que vivir en los barrios bajos de Roma. Cada uno tendría que tener una pequeña parcela de tierra que pudieran trabajar por sí mismos”.*

Su madre les contestó:

—*“Efectivamente, y así fue antaño, pero las cosas han cambiado”.*

Los muchachos contestaron:

—*“¡Entonces cambiaremos eso de nuevo! Dedicaremos nuestras vidas a devolver la verdadera justicia a Roma”.*

Cornelia no sólo vio que los niños habían aprendido lo que suelen aprender los patricios para ser inteligentes, sino que quería verlos crecer como hombres de bien con un sentido de solidaridad y justicia. Amaba mucho a sus hijos.

Un día, una dama patricia muy rica los visitó en su casa. La mujer estaba muy orgullosa de sus piedras preciosas, de las joyas que poseía. Estaba hablando con Cornelia y dijo:

—*“Mira este collar de perlas que llevo ¿no es hermoso? Y mira las esmeraldas, zafiros y diamantes en mis anillos, ¿acaso no brillan y chispean como estrellas? Bueno, ¿y tú, mi querida Cornelia, no tienes gemas que mostrarme?”*

—*“Sí, sí que las tengo, te las mostraré”.*

Y llevó a la presumida dama a la alcoba donde dormían sus dos hijos, y señalándolos le dijo:

—*“Estas son mis joyas, las únicas de las que estoy orgullosa”.*

La dama se sintió algo avergonzada y salió pronto de la casa.

Pero cuando crecieron, los dos muchachos Tiberio y Cayo, se convirtieron en hombres de los que su madre podía estar orgullosa, aunque perdieran la vida por la causa de la solidaridad y la justicia.

La causa de los plebeyos

Mucho antes de las guerras con Cartago hubo un tiempo en que los plebeyos se marcharon de Roma y dijeron que iban a construir una ciudad propia, pero los patricios los persuadieron de que regresaran. Entonces, los patricios prometieron a los plebeyos que cada año podrían elegir a un patricio que pudiera hablar por ellos en el Senado. A ese hombre se le dio el título de **Tribuno**.

Cada vez que un patricio se aprovechaba de un plebeyo pobre, o cada vez que los plebeyos eran tratados injustamente, el Tribuno podía hablar por ellos en el senado y los senadores tenían que escucharle y buscar soluciones.

Se dejó por escrito en la ley que los plebeyos debían elegir cada año un tribuno diferente que defendiera sus derechos.

Las leyes más importantes de Roma fueron grabadas en doce tablas de piedra y la ley por la que los plebeyos debían elegir anualmente a un tribuno fue una de las que quedó grabada en las tablas, porque era muy importante. Pero los mismos tribunos eran patricios, y con el correr del tiempo empezaron a hacer cada vez menos por los plebeyos. Llenos de esperanza, los plebeyos elegían cada año a otra persona como tribuno, y cada año quedaban desengañados de que el hombre que había elegido nunca hablara por ellos.

Tiberio y Cayo, los dos hijos de Cornelia, fueron educados por su madre para ver el mal que se hacía a los plebeyos, a los hombres que habían luchado por Roma y no habían recibido ningún agradecimiento por ello.

Tiberio, el mayor de los dos, fue el primero que se propuso asumir la tarea de hacer algo por los plebeyos.

Cada romano con cultura había sido entrenado para hablar bien en público, para ser buen orador. Eso fue también algo que los romanos copiaron de los griegos.

Tiberio Graco también había sido instruido para pronunciar discursos públicos. Así que se dirigió al foro y de pie sobre el “rostrum” —desde el que los líderes de Roma solían hablar al pueblo— habló muchas veces a los plebeyos.

—*“Las bestias salvajes de los bosques tienen sus cuevas y madrigueras, pero los soldados que han traído gloria y riquezas a Roma carecen de tierra y no tienen casa propia. Los ricos patricios que no saben cómo manejar un arado, poseen toda la tierra y hacen que los esclavos la trabajen, mientras que los fuertes brazos de los valientes romanos han de permanecer inactivos. Pero si ustedes, los plebeyos me convierten en su portavoz, en su tribuno, procuraré que los patricios entreguen parte de sus tierras y que sean repartidas entre ustedes. Volverán a tener sus propias granjas”.*

Los plebeyos venían por miles a escuchar a Tiberio Graco y una nueva esperanza creció en su corazón. Y cuando llegó el momento de elegir un tribuno, escogieron a Tiberio. Éste fue al Senado y le explicó a los senadores que no había justicia, ni solidaridad en Roma, a menos que se repartiera entre los plebeyos parte de la tierra de los patricios.

Ahora bien, los senadores mismos eran ricos terratenientes y no estaban dispuestos a ceder el más mínimo fragmento de sus tierras. Pero eran hombres astutos que no le dijeron “No” a Tiberio. Así que le dijeron:

—*“Efectivamente, tienes razón, pero has de entender que tomará un tiempo averiguar cuánta tierra tiene que entregar cada uno de nosotros”.*

Y entre ellos mismos, los senadores se decían:

—“Este joven Tiberio Graco es un estorbo, pero sólo puede ser tribuno por un año, tal como está escrito en las doce tablas. Si hacemos que las cosas vayan lentas en la decisión de cuáles han de ser las tierras a repartir, habrá terminado el año y otro hombre será el tribuno. Y entonces volverá a ser, como ha sido siempre, un hombre que esta de nuestra parte, ya procuraremos que lo esté”.

Y así, cuando pasó el año, los senadores apenas habían avanzado en la decisión de dividir las tierras. Pero Tiberio habló a los plebeyos y les pidió que volvieran a elegirle como tribuno. Y todos gritaron:

—“¡Si, sí, queremos a Tiberio como tribuno!”

Volvió a ser tribuno por segunda vez. Pero los senadores se frotaron las manos con regocijo, porque Tiberio había quebrantado la ley según la cual sólo se podía ser tribuno por un año.

Por orden de los senadores se envió a un cónsul con soldados a buscar a Tiberio. Cuando las multitudes de plebeyos los vieron venir huyeron, y sólo unos pocos se quedaron con él. Tiberio no podía entablar una lucha e intentó huir al templo de Júpiter en la colina Capitolina.

El templo era un lugar de asilo y nadie en el templo podía ser muerto o tomado por la fuerza. Pero las puertas del templo habían sido cerradas por los patricios antes de que él pudiera entrar. Y Tiberio fue asesinado en la escalera del templo por el cónsul y sus hombres.

Cornelia, su madre, asumió la noticia con verdadero espíritu romano. No derramó ninguna lágrima, pero le dijo a Cayo, su hijo menor.

—“Ahora es tu turno de continuar la tarea que empezó tu hermano”.

Cayo era todavía mejor orador que su hermano, los plebeyos lo aclamaban cada vez que hablaba, y se convirtió en su tribuno. Pero Cayo no dejó que los senadores postergaran una vez más la división de la tierra. Habían aceptado que era correcto que había que repartir las tierras con los plebeyos y ahora simplemente tenían que cumplirlo.

Naturalmente, los senadores y todos los patricios odiaban a Cayo mucho más de lo que habían odiado a su hermano. Pero no podían hacer nada contra él si no quebrantaba la ley. De modo que se devolvió tierra a los soldados veteranos y a sus familias, que pudieron vivir nuevamente como campesinos en su propia parcela y en sus propias cabañas.

Pero los patricios y senadores nunca perdonaron a Cayo que se les hubiera arrebatado parte de sus tierras, así que esperaron la oportunidad de matarlo como habían hecho con su hermano.

Pronto Cayo les dio esa oportunidad. Se le ocurrió una nueva idea: quería construir una nueva ciudad en el lugar donde había estado Cartago. En esa nueva ciudad los plebeyos de Roma podrían hallar su nuevo hogar, pues no se le había dado tierra en Italia a todos los plebeyos, no había suficiente para todos.

Muchos romanos, patricios y plebeyos, detestaban la idea de tener una ciudad allí donde había estado su gran enemigo. Pero otros estaban a favor. Pronto los romanos quedaron divididos a favor y en contra de construir una nueva Cartago. Empezaron a pelear en las calles, y en una de esas refriegas callejeras, uno de los lictores —los hombres que llevaban los fasces delante del cónsul— murió en la refriega.

A los ojos de los romanos, con su gran respeto por la ley, matar a un lictor era un crimen terrible, y los senadores acusaron a Cayo por ello, pues habían sido sus seguidores que habían matado al lictor.

Los senadores tenían ya una excusa para enviar a un cónsul y sus soldados contra Cayo. Éste no quería ser ejecutado como un criminal y le ordenó a un fiel esclavo que lo matara con una daga. El esclavo obedeció y luego se mató a sí mismo.

Cornelia había perdido a sus dos hijos. Pero nunca mostró signo alguno de pesar. Continuó viviendo a las afueras de Roma en una casa de campo durante otros diez años.

Más tarde, los patricios romanos acabaron avergonzándose de lo que habían hecho a los dos hermanos. Honraron la memoria de Tiberio y Cayo y le dieron honores especiales a Cornelia. En el foro se levantó una estatua de Cornelia con una inscripción donde constaba que era una mujer grande y noble madre de dos hijos grandes y nobles. Porque, al final, los patricios comprendieron que hasta que los plebeyos no fueran tratados con justicia Roma nunca se convertiría en un gran poder.

El poder de Roma seguía creciendo, pero no podría haber continuado si los patricios y los plebeyos hubieran estado en guerra entre sí. Por eso, al final, los patricios honraron la memoria de los Graco.

CAYO MARIO

<https://ideaswaldorf.com/6-cayo-mario/>

Gracias a las reformas de Tiberio y Cayo Graco los plebeyos pudieron tener al menos una pequeña parcela de tierra propia, y aunque no fuera mucho y siguieran siendo pobres, al menos eran dueños de su propia tierra.

Otro cambio que se produjo fue que los plebeyos podían convertirse en oficiales y generales en las legiones romanas, y podían incluso llegar a ser cónsules. Uno de esos plebeyos era **Cayo Mario**. No creció en Roma sino en un pueblo cerca de la ciudad. Al ser hijo de campesinos pobres no había recibido una educación, ni tenía tutores que le enseñaran filosofía u otras materias, ni buenos modales, ni cómo pronunciar discursos.

Creció entre muchachos rudos y salvajes, y él era el más rudo y el más salvaje de todos. Él y su pandilla merodeaban por las colinas, incluso cuando llovía a cántaros, y muchas veces pasaban la noche durmiendo al aire libre.

Los otros muchachos admiraban a Mario porque era capaz de escalar los acantilados más empinados y de nadar en las corrientes más rápidas. Naturalmente, Mario era siempre el líder entre ellos, y si alguno de ellos osaba enfrentarlo, acababa siempre perdiendo en la pelea.

Mario quería ser un líder y no soportaba que hubiera nadie por encima de él.

Fue de lo más lógico que cuando se hizo adulto se convirtiera en soldado en el ejército romano. Su vida en las montañas lo había preparado bien para las penurias de la vida de soldado.

Mario encajaba bien con las largas marchas y luchas encarnizadas. Fue un excelente soldado y pronto ascendió a oficial.

En aquella época, Roma estaba en guerra con **Numidia**, en la costa norte de África. **Yugurta**, el rey de Numidia, era un hombre malvado: había asesinado a su predecesor y a su hijo, que eran aliados de Roma, para ocupar el puesto de rey de Numidia.

Para vengar la muerte de su aliado, el anterior rey, los romanos enviaron un ejército a África liderado por el general **Metelo**. Mario era uno de sus oficiales. Pero no era fácil luchar y marchar en el abrasador sol de África.

Los guerreros nómadas estaban acostumbrados a ello, mas para los soldados romanos era agotador, y progresaban muy poco. Pero los soldados de Mario admiraban a su oficial. Marcharon junto a él bajo el calor cegador del sol, y él compartía la preciosa agua de su propia botella con sus hombres y cuando tenían que cavar trincheras, Mario tomaba una

pala y trabajaba más duro que ellos. Pero, aunque Mario era popular entre sus soldados no lo era para Metelo, su general.

Metelo era un patricio arrogante y no le gustaba Mario, ese plebeyo burdo y rudo. Y Mario odiaba al orgulloso patricio y estaba totalmente seguro de que él sería mejor general que Metelo.

Mario era un hombre ambicioso, quería mostrar que, aunque había crecido como campesino en un pueblecito, era mejor que todos esos prepotentes patricios. De modo que Mario envió mensajes desde África al Senado en Roma explicando que Metelo era demasiado lento en la guerra contra los númidas, y que él, Mario, lo haría mejor.

Y un día se limitó a decirle a Metelo:

—*“Ya he tenido suficiente de esto, me voy a Roma para ser elegido cónsul. Luego volveré aquí y seré yo quien esté al mando, no tú”*.

Metelo se puso furioso, pero no podía hacer nada. Y Mario volvió a Roma donde los senadores que querían acabar la guerra en África le creyeron y le convirtieron en cónsul.

El plebeyo Mario regresó a África como cónsul, pero Metelo regresó a Roma porque era demasiado orgulloso para permitir que Mario le mandara.

Una de las ciudades más difíciles de tomar era una fortaleza en la montaña, donde Yugurta, el malvado rey, había escondido una gran parte de su tesoro. Las tropas de Mario asediaron la fortaleza, pero los defensores tenían muchos alimentos y pasaron semanas sin que los romanos pudieran tomar la fortaleza, era totalmente imposible asaltar los empinados precipicios.

Un día, uno de los soldados estaba al pie de una de esas rocas y vio algunos caracoles en una comisa. A los romanos les gustaba comer caracoles, eran una delicia para ellos. Así que el soldado se encaramó para coger los caracoles. Y miró a su alrededor para ver si había más para sus amigos. Descubrió que podía encaramarse más y más, y para su sorpresa, subiendo de saliente en saliente, acabó llegando a la cúspide del despeñadero. Y allí había un gran roble que sobrepasaba el muro de la fortaleza. Y no se veían guardias.

Los númidas defensores de la fortaleza pensaban que esa parte del precipicio era tan empinada y tan segura que no consideraban necesario apostar guardias en esa parte. El soldado bajó rápidamente e informó a Mario de lo que había descubierto y Mario demostró que era un general inteligente. Al conocer esto, Mario planeó el ataque. A sus órdenes, una parte de sus tropas simulaban atacar la fortaleza, y mientras los defensores estaban ocupados en rechazar a los romanos en una parte, los demás soldados escalaron silenciosamente las rocas, siguiendo la ruta que les mostraba el soldado. Y lograron entrar en la fortaleza. Los guerreros númidas se quedaron tan sorprendidos que soltaron sus armas y se rindieron.

Fue una victoria espléndida para Mario, pero el rey Yugurta seguía libre y continuaba luchando.

La traición a Yugurta

Antes de seguir adelante echaremos una ojeada a la época en que tenían lugar estos acontecimientos.

Roma había sido fundada por Rómulo en torno al 752 a.d.C. Las guerras con Cartago tuvieron lugar unos doscientos años antes de Cristo. Y la época en que vivía Mario apenas distaba cien años antes del nacimiento de Cristo.

En esa época anterior a Cristo no había amabilidad especial en la gente. Los hombres, mujeres y niños de una ciudad conquistada eran masacrados o tomados como esclavos. La vida humana contaba muy poco; había una enorme ambición, sed de poder, y también coraje y astucia, pero no había misericordia. También había muchas traiciones, mentiras y engaños. Yugurta, el rey númida, seguía luchando.

Para empeorar las cosas, su suegro **Boco**, otro rey africano, acudió en su ayuda. Así que Mario tenía dos enemigos contra los que luchar: Yugurta y su suegro.

A Mario le preocupaba que, de no acabar pronto la guerra, los senadores de Roma no estarían contentos con él. Su ambición era seguir siendo cónsul toda la vida. Si no conseguía acabar pronto la guerra contra Yugurta no habría posibilidad alguna de que los senadores lo volvieran a nombrar cónsul. Pero tal vez podría intentar ganar al suegro de Yugurta para la causa romana.

Mario empezó a enviar mensajes al rey Boco, diciéndole:

—*Piensa que, al final, los romanos acabarán ganando... Ganaremos, cueste lo que nos cueste, como hicimos ya antes con Cartago. Y los romanos son terribles con sus enemigos, pero son generosos con sus amigos. Muéstrate ahora como amigo de Roma y Roma será tu amiga y aliada, y aplastará a tus enemigos*".

El rey preguntó:

—*Pero, ¿cómo puedo mostrarme como amigo de Roma?*"

Mario respondió:

—*Es muy sencillo. Yugurta confía en ti, entrégnoslo y Roma siempre será tu amiga. Pero si no haces lo que te decimos, tarde o temprano, tú y Yugurta acabaréis miserablemente*".

El rey Boco, suegro de Yugurta, se asustó tanto de los romanos que al final decidió traicionar a su yerno. Le pidió a Mario que le enviara un oficial romano y algunos soldados a quienes entregaría a Yugurta.

Cuando Sila, el oficial romano, y sus hombres llegaron, el rey Boco envió un mensajero para invitar a Yugurta. El mensaje decía: *"Tu suegro ha hecho algunos prisioneros romanos, ven y llévatelos"*. Y Yugurta, que confiaba en su suegro, fue a la cita, pero en el momento de entrar en la tienda de Boco, los guardias armados cayeron sobre él, le ataron las manos y lo entregaron a los romanos.

Llevaron a Yugurta ante Cayo Mario que lo hizo encadenar y lo envió a Roma. Aquí, Yugurta encadenado fue paseado por las calles, mientras era apedreado por la multitud, y luego fue encerrado en una prisión oscura y húmeda.

Con una amarga sonrisa dijo:

—*¡Romanos, qué fríos son vuestros baños!*" Y pronto murió en esa mazmorra fría y húmeda.

Mario había mantenido su promesa al Senado. Había terminado con la guerra en Numidia. Los senadores, agradecidos, le nombraron cónsul por segunda vez, luego por tercera y cuarta.

Mario, el plebeyo, se había convertido en el hombre más poderoso de Roma. Pero Sila, el oficial que había hecho prisionero a Yugurta, iba a convertirse en el peor enemigo de Mario y con el tiempo sería más poderoso que Mario.

Los pueblos del norte

Después de la guerra en África, Mario volvió a Roma, donde fue nombrado cónsul cuatro veces. Había una buena razón para que los senadores hicieran cónsul al mismo hombre tantas veces: Roma estaba en grave peligro ante un nuevo enemigo terrible, y no había hombre mejor para salvar a Roma que Cayo Mario, soldado rudo e implacable.

Algunos años atrás, Aníbal con sus mercenarios había invadido Italia desde el Norte, atravesando los Alpes. Ahora otro enemigo estaba atravesando los Alpes para invadir Italia. Pero esos invasores no eran gentes que procedían de países cálidos, como había pasado con las tropas de Aníbal, sino que eran gentes del norte totalmente diferentes.

Los romanos nunca habían visto gente como esa. Eran altos, casi todos superaban el metro ochenta. Tenían la piel clara, pelo lacio y largo que caía sobre sus hombros y barbas rubias. Esos hombres tan altos iban vestidos en pieles de animales, y en sus cascos llevaban alas de pájaros o cuernos de animal, tenían grandes escudos y espadas largas.

Esos hombres salvajes del norte estaban muy orgullosos de su fuerza y de su dureza. Cuando paraban en un lugar nevado de los Alpes, se quitaban la ropa y riendo y gritando, se encaramaban desnudos bajo la nieve que caía y sobre las rocas frías y heladas.

Tras los hombres venían las mujeres y los niños en carros tirados por bueyes o caballos. Y las mujeres eran tan altas y fuertes como los hombres. O sea que los que atravesaron los Alpes no eran sólo un ejército, sino toda una nación, compuesta de diversas tribus. Para ellos, el frío, el hielo, la nieve eran sus amigos y los disfrutaban.

Cuando alcanzaron la cima de las montañas del norte, los hombres tomaron sus anchos escudos, los convirtieron en trineos y se deslizaron sobre ellos por las pendientes cubiertas de nieve. Cientos y miles de ellos llegaron a Italia. Esos hombres fuertes bárbaros, altos y de pelo rubio, llegaron a un río en el norte de Italia y al otro lado del río, vieron un campamento de legiones romanas que había sido enviado allí para detener a esos invasores bárbaros.

Los bárbaros, que habían cruzado los Alpes como si fuera un juego, decidieron construir una presa en el río antes de atacar a los romanos. Y los soldados romanos, que observaban desde su campamento, se quedaron sorprendidos por la fuerza de esos extraños.

Los bárbaros arrancaron grandes árboles y los echaron al río como si fueran pequeñas astillas, y echaron grandes rocas como si fueran piedritas. Fue una visión que aterrorizó a los soldados romanos.

Y cuando los bárbaros se prepararon para la batalla, las filas delanteras de guerreros se unieron con grandes cadenas que pasaron por sus cintos, de manera que la larga hilera de hombres no podía romperse. Justo antes de empezar la batalla, todos levantaron sus escudos ante su boca y soltaron un terrible grito de batalla que los escudos amplificaron y sonó como si fuera un trueno.

Y cuando empezó la batalla, esos altos guerreros del norte parecieron volverse locos, luchando con una furia salvaje, una rabia que los romanos no habían visto nunca. Golpeaban y cortaban a diestra y siniestra sin importarles si se herían o mataban entre ellos mismos.

Los heridos luchaban desde el suelo, aquellos a quienes se les había roto la espada luchaban con las manos y machacaban las cabezas de los romanos con sus puños antes de caer bajo las espadas romanas.

En las primeras batallas, las legiones romanas acabaron huyendo aterrorizadas y las ciudades norteñas de Italia quedaron a merced de los invasores.

Los romanos llamaron **cimbrios** y **teutones** a esas gentes salvajes. Y la furia de combate que desplegaban la llamaron "*furor teutonicus*".

Roma se salva

Podemos imaginarnos cuán aterrorizados estaban los romanos, y estaban contentos de poder nombrar cónsul a Mario por quinta vez si lograba quitarles de encima a esos pueblos salvajes del norte, los cimbrios y los teutones.

Y Mario era la persona idónea para esa misión, no sólo porque él mismo era intrépido, sino también porque los soldados lo conocían muy bien y confiaban plenamente en él. Entre los legionarios romanos era común decir:

—"*Cuando Mario nos conduce, la victoria es segura y suele haber también un buen botín*".

De modo que cuando Mario se puso al frente del ejército contra los bárbaros salvajes, sus soldados estaban animados.

La primera batalla iba a ser contra una parte de los invasores, los teutones. Pero los teutones estaban ansiosos por luchar y no esperaron que los romanos los atacasen.

Querían atacar ellos primero y Mario lo sabía.

Hizo que sus soldados construyeran un campamento fortificado sobre una colina, mientras él mismo, con parte de sus tropas, se escondía en un bosque cercano, en la llanura. Luego los teutones se lanzaron profiriendo su salvaje grito de guerra, se precipitaron colina arriba sobre el campamento, pero su empuje salvaje fue detenido. Los romanos con sus espadas cortas podían golpear más rápido que los bárbaros que llevaban largas y pesadas espadas.

Y los salvajes del norte perdieron coraje y se retiraron bajando de nuevo la colina. En ese momento, Mario y sus hombres les tendieron una emboscada y los bárbaros se vieron atrapados entre dos fuerzas romanas. No estaban acostumbrados a ese tipo de lucha, se produjo una confusión total y los bárbaros fueron masacrados.

Al final de la batalla, el campo estaba cubierto de cientos de cadáveres teutones. Los otros invasores, los cimbrios, no sabían nada de lo que les había pasado a sus aliados. Cuando vieron acercarse a Mario y a sus tropas enviaron mensajeros a los romanos diciéndoles que les respetarían la vida si se les daba tierra para establecerse en Italia. Mario les contestó:

—"*Naturalmente, les daré tanta tierra como la que les he dado a sus amigos los teutones*".

Los mensajeros le preguntaron:

—"*¿Y cuánta tierra fue esa?*"

Mario respondió:

—"*Para cada hombre un agujero en el suelo. ¡Porque los hemos matado a todos!*"

Los mensajeros llevaron esa noticia a los cimbrios que lanzaron un fuerte grito de venganza y se aprestaron a la lucha para vengar a sus compañeros. Pero habían elegido un mal día para la batalla porque era un cálido día de verano en Italia, y el verano allí puede llegar a ser insoportable en algunas ocasiones. Sin embargo, los soldados romanos estaban

acostumbrados a sufrir más calor aún en África, mientras que los cimbrios sólo eran buenos guerreros en el clima frío.

El ardiente calor del estío italiano los hizo sentirse débiles y desfallecidos y fueron cayendo progresivamente bajo las espadas romanas. Algunos de ellos intentaron huir, pero estaban atados unos a otros por sus cadenas y los romanos acabaron matándolos a todos como si fueran ovejas. Algunos de los bárbaros lograron zafarse de las cadenas y regresaron a los carros donde estaban sus mujeres y niños.

Pero las mujeres les gritaron:

—“¡Volved a la lucha, cobardes!” Y les golpearon con las hachas y las espadas.

Cuando llegaron los soldados romanos las mujeres tampoco se rindieron, lucharon tan fieramente como los hombres.

Al final, cuando ya no pudieron contener más a los romanos, las mujeres que todavía estaban vivas mataron a los niños y luego se suicidaron, estrangulándose con sus propias cabelleras, pues preferían morir que convertirse en esclavas.

De ese modo los bárbaros del norte fueron derrotados por Mario, pero mucho, muchísimo tiempo más tarde, quinientos años después, otras tribus volverían a invadir Italia desde el norte y acabarían conquistando Roma y haciendo añicos el imperio.

Al final, la matanza de los cimbrios y los teutones acabaría siendo vengada, pero por aquella hazaña Mario fue alabado y honrado por el Senado y la gente de Roma, pues los había salvado de los bárbaros salvajes.

Mario enemigo público

Cuando Mario salvó a Roma de los cimbrios y teutones, los senadores estaban tan agradecidos que lo hicieron cónsul por sexta vez. A Mario le encantaba ser el hombre más poderoso de Roma, era orgulloso y ambicioso, y quería seguir siendo cónsul. Pero Mario era sólo un gran cónsul en tiempos de guerra, podía llevar los ejércitos a la batalla. Sin embargo, no era tan buen cónsul en tiempos de paz.

Un cónsul con frecuencia tenía que pronunciar discursos en el foro, o en el Senado, y Mario, que nunca había sido instruido en las palabras que tenía que decir, tendía a arrastrar las palabras.

Los romanos no consideraban bueno a un cónsul que no supiera hablar bien.

Pero había algo más. Todavía había dos partidos en Roma: los patricios y los plebeyos que reñían constantemente. Cada vez que había algún conflicto entre patricios y plebeyos el cónsul tenía que hacer una decisión justa y equilibrada.

Mario sólo era bueno para las decisiones en el campo de batalla, no lo era en las decisiones políticas, y en todo caso los patricios siempre dirían que Mario era un plebeyo y que siempre iba a favorecer a los plebeyos.

De modo que, en períodos de paz, Mario no fue precisamente un éxito como cónsul. Los patricios se quejaban constantemente de que un hombre sin educación no estaba preparado para ser cónsul.

Los senadores —que, naturalmente, eran patricios— habían tenido suficiente de ese soldado rudo Mario y al año siguiente eligieron como cónsul al patricio Lucio Cornelio Sila, el oficial que en su momento habla tomado prisionero a Yugurta.

Ese fue un duro golpe para el orgullo de Mario. Ya no era el hombre que estaba en la cúspide de Roma. Y tampoco era comandante del ejército romano porque el cónsul era siempre el general supremo en Roma. Pero lo que más hirió a Mario fue que Sila, un hombre mucho más joven que él, había sido un oficial bajo su mando, y ahora era el general de la

fuerzas romanas.

Mario estaba lleno de amargura, de orgullo herido, de que los romanos que lo habían alabado tanto cuando estaban en peligro ante los bárbaros, y a no lo quisieran, y hubieran puesto al joven patricio Sila en su lugar.

Luego estalló una guerra en Asia Menor y, naturalmente, Sila, como cónsul, empezó a congregarse a los hombres y prepararlos para embarcar. Pero Mario no podía soportar el pensamiento de que, habiendo guerra, otro liderara las tropas romanas.

Mario tenía muchos amigos entre los plebeyos, e hicieron estallar una rebelión en Roma. Plebeyos armados llenaron el foro, y los senadores, temiendo por sus vidas, promulgaron una ley ordenando que Mario fuera el comandante del ejército romano.

Los plebeyos en rebelión habían buscado a Sila por todas partes para darle muerte. Pero Sila había escapado de Roma y había llegado a un campamento en la costa donde sus soldados se estaban congregando para zarpar hacia África. Sila les habló y les explicó cómo Mario había quebrantado la ley y se había hecho nombrar comandante en jefe.

Les preguntó:

—“¿Quieren como líder a alguien que quebranta la ley?”

Los soldados respondieron:

—“¡No! ¡Te seguiremos a ti, Sila, el cónsul legítimo de Roma!”

Y Sila marchó con su ejército sobre Roma.

Los plebeyos sabían que no podían competir contra soldados experimentados y ni siquiera intentaron luchar. Los senadores respiraron aliviados al ver que Sila venía a rescatarlos y promulgaron otra ley declarando enemigos públicos a Mario y a los que habían instigado la rebelión. Lo que implicaba que todo ciudadano romano no sólo tenía el derecho, sino el deber de matarlos.

Los amigos de Mario fueron capturados y asesinados, pero él escapó. Y ahora Mario, el hombre que antaño había salvado a Roma, que durante seis años había sido el hombre más poderoso de Roma, era un fugitivo apátrida que podía ser ejecutado por cualquier ciudadano romano.

Mario en el exilio

¿Qué es lo que había conducido a Mario a ese estado en que su vida ya no estaba a salvo, en que se había convertido en un apátrida y en un fugitivo?

Habían sido la ambición y el orgullo que lo habían gobernado cuando él mismo se convirtió en el líder de los muchachos de su pueblo natal. Habían sido la ambición y el orgullo que lo habían hecho disputar a su general en África, hasta que él mismo se había convertido en cónsul y comandante en jefe. Había sido la ambición y el orgullo que le habían hecho permanecer como cónsul año tras año y ahora la ambición y el orgullo le habían hecho perder todo.

Estaba pagando un alto precio por su orgullo.

Llegó a la costa y vio un barco. Había llevado dinero consigo y le ofreció a los marineros una fuerte recompensa si lo sacaban de Italia.

Los marineros estuvieron de acuerdo, pero una vez en alta mar cambiaron de opinión. *¿Por qué iban a arriesgarse a ser castigados a causa de Mario?*

Así que regresaron con su nave y lo dejaron en la orilla, diciéndole:

—“No te hemos matado, como era nuestro deber, ni siquiera te entregaremos a los soldados que te están buscando por todas partes, pero no queremos tener nada que ver contigo”.

Mario quedó abandonado a su suerte. Encontró la pequeña cabaña de un viejo campesino que le dio cobijo.

Apenas había descansado unas horas en la cabaña del anciano cuando oyó trotar los cascos de los caballos de un grupo que lo estaba buscando.

Desesperado, Mario salió precipitadamente de la cabaña y llegó a un campo pantanoso. Allí se escondió en una zanja húmeda y cenagosa. Pero los jinetes desmontaron y lo buscaron palmo a palmo. Finalmente lo encontraron y lo sacaron de allí cubierto de barro. Lo llevaron a la prisión de la ciudad más cercana, paseándolo por la plaza como un hombre cubierto de barro y suciedad, una triste figura.

Los soldados podrían haberlo matado directamente, pero no se atrevían a matar al hombre que pocos años antes había sido su líder. Preferían entregarlo a la autoridad más cercana que tendría la tarea de ejecutarlo.

El juez de la pequeña ciudad en la que fue entregado Mario descubrió que no era tan fácil ejecutar a Mario, pues no había soldado ni ciudadano que quisiera entrar en la celda y matarlo. Todos se rehusaron. Finalmente, el juez encontró a un esclavo galo que estaba dispuesto a entrar en la prisión y matar a Mario por una recompensa. El esclavo entró en la oscura celda, espada en mano.

Al principio no podía ver nada en la oscuridad. Luego vio dos ojos feroces que lo contemplaban y empezó a temblar de miedo. Y luego una poderosa voz le gritó:

—“Compañero, ¿te atreverás a matar a Mario?”

El esclavo dio la vuelta y salió gritando:

—“¡No puedo matarlo!”

El juez y los ciudadanos decidieron que preferían no tener nada que ver con el terrible Mario. Lo sacaron de allí y lo metieron en una nave que zarpaba para África.

De modo que Mario escapó de una muerte segura, porque la gente no podía olvidar lo mucho que había hecho por Roma. Incluso en África, nunca estuvo seguro, y tenía que huir constantemente de un sitio a otro. Quienquiera que le diera cobijo no le permitía permanecer mucho tiempo.

Fue una época muy dura para Mario y en su corazón juró que un día se vengaría de sus enemigos en Roma, de Sila y los patricios que lo habían rebajado hasta ese punto.

Mientras tanto, las cosas cambiaron en Roma y aceleraron el momento en que Mario podría vengarse.

El retorno de Mario

Mario había pasado épocas muy precarias, pero ese período no lo hizo más humilde, y aunque por aquel entonces ya era un hombre de edad avanzada, pues tenía casi setenta años, seguía siendo tan orgulloso y ambicioso como siempre. Y también vengativo.

En ningún momento se le ocurrió pensar que había quebrantado la ley, de que estuviera equivocado, o que su orgullo lo había llevado a caer tan bajo.

No, lo único que pensaba era que sus enemigos —Cornelio Sila y muchos de los patricios— lo habían denigrado.

En su interior se hacía la imagen de cada persona, de cada patricio que en alguna ocasión hubiera hablado contra él, que hubiera hecho algún comentario sobre sus toscos discursos, y se prometió que, cuando llegara el momento, pagarían con su vida el haberse atrevido a enfrentarse a Mario.

Pero mientras en África Mario iba soñando en la venganza, se estaban produciendo grandes cambios en Roma. Cuando Mario había sido expulsado, Sila, el cónsul y comandante el jefe del ejército romano, embarcó con sus tropas hacia Asia.

Pero la guerra en Asia Menor duró mucho tiempo, y todo ese tiempo estuvo fuera de Roma.

Los senadores decidieron que mientras Sila estuviera fuera, Roma necesitaba dos cónsules, para mantener el orden en la ciudad. Escogieron a **Cina**, un plebeyo, y a **Octavio**, Un patricio. Pero no fue una decisión sabia.

Pronto se produjeron disputas y odio entre los dos cónsules, y en lugar de mantener el orden, los dos cónsules convirtieron Roma en un lugar de desorden y discordia entre los dos partidos.

Cina quería permitir la vuelta de Mario a Roma. A los senadores no les gustaba la idea en absoluto, pero Cina les dijo:

—“Que el pueblo de Roma decida si quieren el retomo de Mario. Que vengan al foro y que voten a favor o en contra de su vuelta.

Y los senadores no tuvieron más remedio que ceder. Pero cuando la gente de Roma estaba congregada en el foro para dar su voto, Cina se presentó con un grupo de hombres armados, y quedó claro que atacarían a quienquiera que votase contra el retomo de Mario.

Naturalmente, eso era totalmente ilegal e injusto.

El otro cónsul, el patricio Octavio, no podía permitir que sucediera eso y se presentó a su vez con hombres armados para sacar de allí a Cina y a sus hombres. Se produjo así una lucha feroz en el foro.

Los ciudadanos desarmados huyeron aterrorizados, mientras los hombres armados de ambas facciones luchaban en el foro frente al senado y los grandes templos del lugar.

Al final, la mayoría de los hombres de Cina fueron masacrados, aunque el propio Cina logró escapar. Luego los senadores decretaron que Cina había quebrantado la ley, que no podía seguir siendo cónsul y que era un enemigo público.

Pero Cina estaba furioso por el fracaso de su plan. No iba a huir, sino a reunir un ejército para luchar contra Octavio. Y no solo eso, sino que iba a conseguir que Mario se uniera a él, y así ambos entrarían en Roma, matarían a sus enemigos y se convertirían en los dueños de Roma.

Ese era el plan de Cina. Mientras estaba reuniendo un ejército entre los plebeyos, sus mensajeros encontraron a Mario en África, y aunque estaba ya viejo, Mario volvió con ellos a Italia, pues todavía estaba lleno de orgullo, ambición y sed de venganza.

La muerte de Mario

La idea de Cina, el cónsul plebeyo, de llamar a Mario a su lado fue una idea muy inteligente porque el nombre de Mario todavía obraba mágicamente en la gente: miles de hombres se acercaron y se ofrecieron como soldados para luchar bajo las órdenes del gran general que nunca había perdido una batalla.

Y cuando Octavio, el cónsul patricio, marchó con sus soldados contra Cina y Mario, muchos de sus hombres desertaron y se cambiaron de bando. E incluso los que permanecieron con él simplemente tenían miedo de luchar contra Mario.

El único hombre que podría haber protegido a Roma contra Mario era Sila, que estaba luchando en Asia y Grecia. No podía acudir en ayuda de Roma.

Los senadores estaban desesperados, sabían que Mario y Cina tenían suficientes soldados para asediar Roma y hacer que la gente que se rindiera por hambre; o sea, que

decidieron rendirse sin luchar, esperando que Mario y Cina se mostrarían misericordiosos. Pero estaban equivocados, la piedad no era una palabra que importara a Mario. Sólo se acordaba de los vergonzosos días en los que había tenido que huir para salvar su vida cuando había sido arrastrado y sacado del barro, arrastrado por las calles y en que se había enviado a un miserable esclavo extranjero para matarlo. Y cuando Mario pensaba en esos días se endurecía como una piedra y sólo pensaba en la venganza.

Cuando Roma abrió sus puertas, Mario y Cina desfilaron a la cabeza de sus tropas y llegaron al foro. Allí fueron bienvenidos por los senadores. Pero ellos se limitaron a mirarlos con rostro sombrío y a exponerles lo que querían.

Primero tenía que abolirse la ley que convertía a Mario y a Cina en enemigos públicos. Los senadores estuvieron de acuerdo y la abolieron. Luego el patricio Octavio tenía que dejar de ser cónsul.

Los senadores también aceptaron y Octavio dejó de ser cónsul.

En tercer lugar, reclamaron que Mario y Cina fueran nombrados cónsules. Los senadores volvieron a estar de acuerdo. No podían hacer otra cosa. Y de ese modo Mario se convirtió en cónsul por séptima vez.

La tarea de los cónsules era mantener la ley y la justicia en Roma. Pero Mario y Cina no usaron su poder para ello, lo utilizaron para vengarse cruelmente.

Mario trajo consigo un cuerpo de guardia especial, hombres que desconocían la misericordia y la piedad, y los utilizó para efectuar su venganza.

El primer patricio al que mataron fue Octavio, y luego mataron a cientos de ellos.

Los ciudadanos de Roma vivían atemorizados, y rezaban a los dioses que los salvaran del terror que estaba sembrando Mario y los dioses escucharon.

Todos estos acontecimientos eran muy excitantes para Mario: de ser un fugitivo apátrida volvía a estar en la cúspide del poder en Roma, había ejecutado una terrible venganza sobre sus enemigos, pero esa excitación era demasiado para el corazón de un anciano. De repente tuvo un infarto y murió a las pocas horas. Ese fue el fin del hombre que había empezado la vida como un pobre muchacho campesino que había sido ascendido a cónsul siete veces.

Mas como hemos visto, hubo muy poca felicidad en su vida y mucha crueldad derramamiento de sangre. Y cuando murió, los romanos maldijeron su nombre. Su amigo Cina era el único cónsul, y se estaba preparando para luchar contra Sila que, tras la guerra de Asia, estaba volviendo a Roma.

Pero la lucha nunca llegó a producirse, pues Cina no era tan popular con sus soldados como la había sido Mario. No deseaban luchar para él, se rebelaron y lo mataron.

Así que cuando Sila volvió a Roma no encontró ninguna resistencia. Y con un ejército poderoso y fiel pudo convertirse en el dueño indiscutible de Roma.

ESPARTACO <https://ideaswaldorf.com/7-espertaco/>

Como Mario, los romanos de aquella época, tanto si eran patricios como plebeyos, eran valientes, intrépidos, habilidosos, pero sin amabilidad ni misericordia, y les gustaba el poder sobre todas las cosas.

Sila era igual. Lo primero que hizo al regresar a Italia fue ejecutar a todos los hombres que habían sido amigos de Mario o Cina. Nuevamente, cientos pagaron con su vida. Pero Sila también quería asegurarse de que seguiría siendo cónsul todo el tiempo que quisiera. Así que obligó a los senadores a nombrarlo Dictador, y eso lo convertía en dueño absoluto de

Roma, no sólo por un año, sino por todo el tiempo que él considerara oportuno, hasta el final de su vida.

A los ciudadanos romanos no les gustó el asunto, pero las ejecuciones habían aterrorizado a todo el mundo y era más seguro hablar bien de Sila que hablar mal de él.

Los romanos eran tan crueles que apenas merecían algo mejor que un dictador como Sila. Su crueldad lo atestiguan los entretenimientos públicos que se hicieron tan populares en esa época.

De cada guerra los romanos traían muchos prisioneros que eran vendidos como esclavos. Pero muchos de esos prisioneros eran hombres fuertes, bien entrenados para el uso de las armas. Y los romanos consideraron que sería un gran deporte hacer que esos prisioneros lucharan entre sí.

Los prisioneros que vencían serían bien tratados y alimentados hasta la siguiente lucha. A esos luchadores se les llamaba **gladiadores**, y el contemplar las luchas entre gladiadores se convirtió en uno de los entretenimientos más populares de Roma.

Se construyeron grandes circos —anfiteatros— para miles de espectadores y en el gran centro cubierto de arena esos desafortunados tenían que luchar a muerte.

A veces sólo había dos que luchaban, a veces eran grupos, de cien o más, que tenían que representar una batalla.

Y los romanos iban a esos espectáculos de gladiadores como la gente de hoy en día va al cine o a un partido de fútbol.

El hecho de que ahí los hombres se mataran no les importaba en absoluto. Pero mientras Sila era dictador sucedió algo que los romanos nunca hubieran esperado.

En el año 73 a.d.C., en la ciudad de Capua —donde Aníbal había pasado un invierno— iba a realizarse un gran espectáculo de gladiadores en el circo. Se habían traído unos doscientos prisioneros. Entre ellos había un tracio —del norte de Grecia— llamado **Espartaco**.

Y Espartaco le dijo a los otros:

—“¿Acaso somos tan necios para luchar entre nosotros en lugar de luchar contra nuestros crueles amos romanos? Si me seguís tal vez muramos igualmente, pero al menos lo habremos luchando por nuestra libertad y no para entretenimiento de los romanos”.

Sus compañeros de cautiverio estuvieron de acuerdo. Cuando llegaron los guardianes romanos, les siguieron dócilmente hasta el circo. Antes de los juegos había un refrigerio para los espectadores. Se asó un buey entero y fue llevado en un carro hasta el circo.

Clavados en el buey había cientos de cuchillos largos y afilados para que cada espectador pudiera cortar una porción de carne. Pero esa vez los romanos no disfrutaron de su trozo de carne.

A una señal de Espartaco, los gladiadores se precipitaron hacia el carro, sacaron los cuchillos largos y afilados, y mataron a los guardias que fueron tomados por sorpresa.

Los espectadores saltaron de sus asientos y huyeron para salvar la vida. Pero los gladiadores tomaron las armas de los guardias, fueron a la ciudad y llamaron a todos los esclavos a unirse a ellos.

Pronto hubo miles. Capturaron un arsenal de armas y Espartaco se encontró a sí mismo convertido en jefe de un gran ejército bien armado hecho de un número creciente de esclavos que huían de sus amos romanos.

Todo habría ido bien si los gladiadores y esclavos hubieran escuchado a Espartaco. Él quería marchar con el ejército a través de los Alpes fuera de Italia desde donde cada uno de sus hombres podría haber encontrado el camino de regreso a su patria. Pero los gladiadores querían robar y saquear y hacerse ricos antes de dejar Italia.

Contra sus propios deseos, Espartaco permaneció con ellos, no podía dejar a sus amigos. Pero para los romanos, una rebelión de gladiadores y esclavos era algo terrible.

¿Cómo iban a vivir sin esclavos? Uno de los mejores generales de Sila, **Cneo Pompeyo** fue llamado desde Hispania y enviado con un gran ejército contra los gladiadores y esclavos rebeldes.

Lucharon valerosamente. Pero sólo los gladiadores habían estado entrenados para luchar, la mayoría de los rebeldes eran esclavos sin ninguna instrucción para la batalla, y los romanos acabaron ganando la batalla. Espartaco murió luchando hasta su último aliento.

Muchos miles de esclavos fueron capturados. Cualquier esclavo que se levantara contra sus amos sólo podía ser castigado con la muerte. La muerte por la espada era demasiado honorable para un esclavo, para los esclavos existía la muerte más vergonzosa que los romanos podían pensar: la muerte en la cruz.

De ese modo, unos cien años antes de que Jesucristo muriera clavado en una cruz, miles de pobres esclavos murieron de la misma manera.

Continúa en <https://ideaswaldorf.com/cesares-y-cristianos/>

Aportación de Hermelinda Delgado